**APROXIMACIÓN AL PROYECTO DE VIDA:
UNA MIRADA A LA EXPERIENCIA FUNDANTE EN LOS PROCESOS
FORMATIVOS DEL DISCÍPULO DEL SEÑOR JESÚS,
EN LA DIÓCESIS DE OCAÑA**

FREDY JACOME PABA

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C**

2012

**APROXIMACIÓN AL PROYECTO DE VIDA:
UNA MIRADA A LA EXPERIENCIA FUNDANTE EN LOS PROCESOS
FORMATIVOS DEL DISCÍPULO DEL SEÑOR JESÚS,
EN LA DIÓCESIS DE OCAÑA**

FREDY JACOME PABA

**Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Teología con
énfasis en Formación Sacerdotal**

Asesor

Lic. Oscar Albeiro Arango Álzate

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ, D.C**

2012

Nota de aceptación

Firma
Nombre:
Presidente del jurado

Firma
Nombre
Jurado

Firma
Nombre
Jurado

Bogotá, D.C., 1 de agosto de 2012

SIGLAS Y ABREVIATURAS

GS	Gaudiums Spes
DA	Documento de Aparecida
DI	Discurso inaugural de S.S. Benedicto XVI en la V Conferencia General Episcopado Latino-Americano
ChD	Christus Dominus
AA	Apostolicam Actuositatem
LG	Lumen Gentium
MF	Mensaje Final del documento Conclusivo de Aparecida
IM	Inter Mirifica
ChL	Christifideles Laici

AGRADECIMIENTOS

A Dios por el don de la vida y la vocación a la que específicamente me ha llamado a través del ministerio sacerdotal.

A Nuestra Señora la Virgen María, bajo la advocación de las gracias de Torcoroma en la Diócesis de Ocaña, que ha sido mi madre y mi compañera en el orden de las gracias en mi trabajo pastoral.

A la Iglesia peregrina de la Diócesis de Ocaña, especialmente a Monseñor Jorge Enrique Lozano Zafra y todos los sacerdotes que han apoyado este trabajo de formación discipular.

A la Arquidiócesis de Bogotá por el apoyo recibido en el tiempo de mi formación, y a la Parroquia San Pascual Bailón (Bogotá) por la acogida y el apoyo del Padre Ángel María Fandiño Camaño y su comunidad parroquial en los dos años de estadía en esta comunidad.

Al Licenciado Albeiro Arango Álzate, por su dedicación y esfuerzo en el acompañamiento de la elaboración de este trabajo de grado.

A Monseñor Melguizo por su apoyo humano, académico, pastoral y espiritual en la asesoría de la investigación.

A los directivos, profesores, hermanos sacerdotes y demás personal del Instituto Teológico y Pastoral para América Latina y el Caribe (ITEPAL), de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) y por su compromiso, formación y apoyo humano que han hecho posible este grado.

TABLA DE CONTENIDO

	Págs
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I: CAMINO DE FORMACIÓN PARA LOS DISCÍPULOS EN LA DIÓCESIS DE OCAÑA: DE AYER A HOY	12
1.1. CAMINO DE FORMACIÓN: DESDE LA CONFIGURACIÓN DE LA DIÓCESIS HASTA HOY	13
1.2. TRABAJO FORMATIVO: PROYECTO DE FORMACIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO	16
1.3. EL PLAN QUINQUENAL DENTRO DE LA REALIDAD DE LA DIÓCESIS Y ALGUNAS REALIZACIONES	17
1.4. HACIA COMUNIDADES EVANGELIZADAS, EVANGELIZADORAS Y PARTICIPATIVAS 1982 -1987	25
1.4.1 La Gran Misión	25
1.4.2 Proyecto de renovación parroquial	26
1.5. EL NUEVO PROYECTO EN EL CAMINO DE EVANGELIZACIÓN DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR JESÚS	27
1.6. PROYECTO DE RENOVACIÓN DIOCESANA 1987-2011	27
1.7. CONSOLIDACIÓN DEL PROYECTO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN	28
1.8. CAMINO DE FORMACIÓN DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR JESÚS EN EL NUEVO PROYECTO DIOCESANO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN	29
1.9. PROYECTO DIOCESANO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN.	29
1.10 NIVELES DE PASTORAL DENTRO DEL PDR/E	30
1.10.1 Primer período de este itinerario formativo: Kerigma	37
1.10.2 Segundo período: pre-catecumenado	39
CONCLUSIÓN	42

CAPÍTULO II: LA EXPERIENCIA FUNDANTE EN EL PROCESO FORMATIVO DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR: EXPLICITACIÓN DE SUS ELEMENTOS ARTICULADORES	45
2.1 EXPERIENCIA FUNDANTE	46
2.1.1 ¿En qué sentido?	46
2.1.2 ¿Por qué hablar de ella?	47
2.1.3 ¿Cómo se da? ¿Y cómo se propicia?	48
2.1.3.1 Desde lo teologal	49
2.1.3.2 Desde el proceso en la condición humana y en la experiencia del mal:	50
2.1.4 Elementos: Encuentro – Alteridad y Sentido en relación con el Señor Jesús	52
2.1.4.1 Encuentro como experiencia fundante	52
2.1.4.2 Alteridad: Encuentro hacia el Otro	53
2.1.4.3 En busca de sentido	54
2.1.4.4 La vocación	56
2.1.4.5 La fe como clave de sentido	57
2.2 EL PROYECTO DE VIDA	58
2.2.1 ¿Qué es?	58
2.2.2 Realidad fundamental	59
2.2.3 Propósitos	61
2.3 LA OPCIÓN FUNDAMENTAL	63
2.3.1 Situación fundamental	64
2.3.2 La Opción fundamental propiamente dicha	65
2.3.3 La Acción fundamental	67
2.3.3.1 De la opción a la acción fundante	68
2.3.3.2 Acción como: una presencia oblativa en el mundo	70
2.4 DE LA EXPERIENCIA AL DISCIPULADO	70
2.4.1 Discipulado en la biblia	72
2.4.2 Discipulado en torno a Jesús, desde el evangelio de San Juan 1, 35-51	73
2.4.3. Estructura del discipulado	74
2.4.3.1 La llamada	75
2.4.3.2 Seguimiento	76

2.4.3.3 La misión	78
2.4.3.4 La fe: como encuentro con el proyecto de Dios Padre	79
2.5 LA EXPERIENCIA DEL DISCIPULADO COMO PROYECTO DE VIDA	79
2.5.1 Llamados para Configurarnos con el divino Maestro	82
2.5.2 La experiencia del discipulado como proyecto de vida	83
CONCLUSIÓN	84

CAPÍTULO III: EL PROYECTO DE VIDA EN EL CAMINO DE LA FORMACIÓN DEL DISCÍPULO DEL SEÑOR EN LA DIÓCESIS DE OCAÑA

3.1 LA FORMACIÓN DE DISCÍPULOS	88
3.1.1 ¿Qué es formar discípulos?	89
3.1.2 Elementos claves dentro del acompañamiento	91
3.1.3 El acompañamiento a la luz de la palabra (Lucas 24, 13-35)	93
3.2 EL ACOMPAÑAMIENTO DESDE EL CAMINO DE EMÁUS	93
3.2.1 Elementos del acompañamiento en la experiencia de Emaús	95
3.2.2 ¿Cómo formar discípulos? ¿Qué nos dice Emaús?	99
3.2.2.1 Formar en el escuchar: saber preparar	100
3.2.2.2 Formar en el preguntar: saber iniciar	102
3.2.2.3 Formar en el diálogo: saber dialogar	103
3.2.2.4 Formar en el confrontar: saber discernir	104
3.2.2.5 Formar en la fiesta: saber celebrar	108
3.2.2.6 Formar en la decisión: saber testimoniar	110
3.2.2.7 Formar en la memoria: saber sistematizar	112
3.2.2.8 Formar en el aprender a estar: saber terminar	114
CONCLUSIÓN	115
CONCLUSIÓN GENERAL	117
BIBLIOGRAFÍA	121

RESUMEN

El documento de Aparecida señala en palabras del Papa Benedicto XVI que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 116), por tanto, subraya el mismo documento que la naturaleza del cristianismo, es la experiencia de reconocer la presencia y la asistencia de Jesucristo y de seguirlo es lo que se considera experiencia fundante, vivencia de los primeros discípulos, que se dejaron fascinar por Jesús que excepcionalmente les hablaba y les trataba, correspondiendo al hambre y sed de sentido de vida que había en sus corazones.

Es así, que el discipulado comienza con una pregunta: ¿Qué buscan? (Jn. 1,38) y ante esa pregunta prosigue la invitación a la experiencia fundante: “vengan y vean” (Jn. 1,39). Así pues, esta experiencia de encuentro del discípulo con Jesús, es hoy más que nunca necesaria para la formación inicial y permanente de los discípulos de la Diócesis de Ocaña, esto implica encontrar la pedagogía del encuentro que ayude a una relación más madura y profunda con el Señor de la Vida; eso es lo que trato de realizar en el presente trabajo.

Primero hare una mirada de lo que ha significado el camino de la formación del discípulo de Cristo y el sentido de vida en la diócesis de Ocaña, en segundo lugar tratare de ir descubriendo la experiencia fundante en el proceso formativo de los discípulos y la explicitación de sus elementos articuladores, y en tercer lugar la incidencia del proyecto de vida en el camino de la formación del discípulo del Señor Jesús.

Palabras claves: Discípulo – Sentido – Vida – Proyecto – Formación – Inicial – Permanente – Cristo – Alteridad – Encuentro –Discipulado – Seguimiento – Discernimiento – Acompañamiento.

INTRODUCCIÓN

El camino de formación de los discípulos del Señor, que peregrinan en la Diócesis de Ocaña, exige para los tiempos actuales, nuevas formas de apropiación del proyecto personal de vida que haga de cada uno de ellos gestor y motivador de su propia formación y de la comunidad discipular. Esta es una de las tareas que tiene la Iglesia Diocesana de formar discípulos para que respondan a la vocación que han recibido.

Por tanto, se quiere en este trabajo de investigación tener una aproximación a los elementos que estructuran el proyecto personal de vida del discípulo, ya que éste surge como consecuencia de la experiencia fundante que nace del encuentro y seguimiento del Señor Jesús, y que le permite asumir el itinerario de formación, para llegar a la configuración con el divino Maestro.

Es así, que los discípulos llamados por el Señor al seguimiento-encuentro, han recibido la misión de Cristo de ser “enviados con el tesoro del evangelio” (DA 28). De manera, que para asumir la “vocación y el compromiso” como comunidad discipular, la Diócesis de Ocaña, requiere como lo dice Aparecida: “una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia” (DA 276).

Este compromiso adquirido años atrás por la Diócesis, se va revitalizando con nuevas propuestas en el itinerario formativo. Esto hace que cada día sea más eficaz la misión de configuración de cada uno de los discípulos con el Señor Jesús. Por tanto, se quiere en primer lugar, reconstruir la realidad y el camino de formación que han venido teniendo los discípulos del Señor a lo largo de estos años en la Diócesis de Ocaña. Esto es un ver la realidad.

De manera, que este acercamiento del contexto de los discípulos de la Diócesis, permitirá conocer las bases del proceso formativo, y al mismo tiempo, fortalecer el compromiso desde la realidad contextualizada de los discípulos, la propuesta desde el proyecto personal de vida que asuma como tarea permanente de cada uno de ellos, la formación continua de la vida creyente.

En segundo lugar, se quiere llegar a la comprensión de lo que es la experiencia fundante dentro del proceso formativo de los discípulos del Señor Jesús. Y para llegar a la comprensión de esta experiencia, es necesario conocer los elementos que estructuran el proyecto personal de vida. De esta manera, el discípulo estará en la capacidad de ver y asumir la vida como proyecto personal, en el que Dios hace realidad la historia de la salvación.

Sin olvidar que la experiencia fundante que nace del encuentro y seguimiento del discípulo con el Señor de la vida, es más que necesario, para dar y forjar un sentido a la vida misma, cuando ésta ha perdido en la sociedad actual su verdadero valor, y se impone la cultura del sin-sentido, del vacío y de la muerte. Por tal motivo, el discípulo está llamado a realizar y descubrir en el camino de la formación, la vida como proyecto personal que responde a la llamada que Dios ha hecho a cada de ellos, para vivir en comunidad de discípulos.

De esta manera, los discípulos del Señor Jesús de la Diócesis de Ocaña, contarán con los elementos necesarios para articular el proyecto personal y comunitario de vida, que les permite asumir cada día con más libertad y responsabilidad el compromiso de seguir formándose en la escuela de Jesús el Señor. Así se consolidará la vida de cada uno de los discípulos, fundada en la experiencia de Dios que sale al encuentro de todos para dar vida en abundancia.

Consolidando los elementos que hacen parte del proyecto personal de vida del discípulo, se da lugar a la propuesta de un derrotero de formación que ayude a los discípulos de la Diócesis a asumir la experiencia fundante como itinerario

permanente de encuentro con Jesucristo, de conversión, de discipulado, de comunión y de misión (Cf. DA 278).

Esto es en definitiva lo que me propongo realizar en este trabajo de investigación centrado en la construcción de lo que es el Proyecto personal de Vida, como ayuda de experiencia formativa, vinculando e integrando todos los ámbitos, redes y dimensiones que constituyen la persona que se hace discípula de Cristo.

CAPÍTULO I

CAMINO DE FORMACIÓN PARA LOS DISCÍPULOS EN LA DIÓCESIS DE OCAÑA: DE AYER A HOY

Este capítulo presenta la reconstrucción del camino de formación de los discípulos de Jesús, el Señor, en la porción del pueblo de Dios, que es la Diócesis de Ocaña. Dicho derrotero permite visualizar el camino histórico de encuentro-seguimiento de los discípulos del Señor y sobre todo el itinerario formativo, tanto inicial como permanente, para llegar al hombre maduro, según la condición de Cristo Jesús, quien ha llamado a formar parte de una comunidad en este caso de la Iglesia diocesana.

Desde luego, se entiende por discípulo en este capítulo, como lo expresa el Documento de Aparecida: “la condición del discípulo brota de Jesucristo como de su fuente, por la fe y el bautismo, y crece en la Iglesia, comunidad donde todos sus miembros adquieren igual dignidad y participan de diversos ministerios y carismas” (DA 184). Así mismo, el Señor “Jesús llamó a algunos de sus seguidores para que le siguieran y se convirtieran en discípulos suyos”.

“Según los evangelios, ser discípulo consiste en “seguir a Jesús” (Mc. 1,18), “ir detrás de él” (Mc. 1,20) o “estar con él” (Mc. 3,14). Ser discípulo implica, por tanto, una relación dinámica con Jesús” (Fernández, 2001, p. 276). Hoy, estos discípulos con diversos ministerios y carismas son: los Obispos, presbíteros, diáconos, religiosos/as, consagrados/as y los fieles laicos llamados al seguimiento y compromiso por la causa del evangelio.

1.1 CAMINO DE FORMACIÓN: DESDE LA CONFIGURACIÓN DE LA DIÓCESIS HASTA HOY

A partir de la creación de la Diócesis de Ocaña, a principios de Octubre de 1962, el camino de formación de los nuevos discípulos del Señor Jesús se fue gradualmente configurando, con la labor y acompañamiento pastoral, ya que “todos en la Iglesia estamos llamados a ser discípulos y misioneros. Es necesario formarnos y formar a todo el pueblo de Dios para cumplir con responsabilidad y audacia esta tarea” (MF 3).

La iniciativa a partido siempre de Jesús que llama al hombre para que este respondiendo, le siga y se comprometa con la causa de la gestación del reinado de Dios. En este sentido se produce un encuentro inicial entre el pueblo de la Diócesis de Ocaña y Jesús, a través del anuncio del evangelio, según el mandato misionero dado a los apóstoles: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt. 28, 12-29). Esta “llamada tiene como primera finalidad el seguimiento cercano de Jesús, el cual, a su vez, preparará a los discípulos para llevar a cabo una misión” (Rubio, 2005, p. 384).

Así pues, dentro de la creación de la Diócesis como “una porción del pueblo de Dios confiada a un Obispo para que la apaciente con su presbiterio” (ChD 11), se comienza a desarrollar el proceso de consolidación, de llamada y de formación, de los discípulos del Señor. Por tanto, el primer Obispo Mons. Rafael Sarmiento Peralta (1963- 1972), empieza la labor evangelizadora, de convocar y crear primeramente los lugares de formación de los nuevos discípulos del Señor, donde se colocan las bases de un camino discipular.

Lo primero fue la creación de las parroquias, entendiendo por parroquia “la célula viva de la Iglesia Diocesana. Donde se vive la comunión de fe, culto y

compromiso” (Pedrosa & Sastre & Berzosa, 2000, p. 847). Y en ese espacio de comunión se vive y se forman los discípulos de Jesucristo. Por tanto, las 27 parroquias creadas y acompañadas cada una por un presbítero, dan comienzo al proceso de convocación y anuncio del evangelio. Estos párrocos en aquel entonces se esforzaron por comunicar el mensaje de salvación del Señor y convocar a otros a ser discípulos.

Es así que a la par de las parroquias, también, se fueron creando las instituciones educativas y religiosas en ese proceso de formación discipular. Entre ellas tenemos el seminario menor “Dulce Nombre”, con el fin de formar a la juventud con vistas a que esa formación apoyara el cultivo para futuras vocaciones sacerdotales. Este instituto fue confiado “a la dirección de los Padres Eudistas” (Pineda, 2002, p. 38).

De manera, que a estos grandes maestros la Diócesis de Ocaña les debe “su reciedumbre apostólica y el estímulo de su ejemplo y consagración, ya que siempre fueron pródigos cooperadores en la predicación, la dirección espiritual, las misiones parroquiales, la asesoría de los movimientos apostólicos y demás aspectos de una pastoral sencilla pero eficaz, noblemente comprometida en el servicio de Cristo y de la Iglesia” (Atehortua, 1987, p. 34).

Al igual, que llegaron los padres Eudistas a Ocaña, también llegaron varias comunidades religiosas entre estas otras: las Hermanas Dominicas de la Presentación, Hermanitas de los pobres de San Pedro Claver, Misioneras de la Madre Laura. Estas comunidades impulsaron el discipulado en diversos campos sobre todo en el de la educación y formación tanto a nivel humano como cristiano.

Además hay que anotar que en este periodo del primer Obispo hacia el año 1965 “se fundó el movimiento de Juventudes de Acción Social (J.A.S) bajo la dirección espiritual de R.P. Reinaldo Acevedo, Rector del Seminario, cuyo fin primordial era la formación moral e intelectual de sus miembros, a la luz de la

Doctrina Social de la Iglesia, para un eficiente apostolado entre las clases menos favorecidas de la ciudad y de la Diócesis” (Pineda, 2002, pp. 61-62).

En julio de 1966 se da un primer curso de formación para más de 50 catequistas. El 30 de agosto se funda un programa Radial de Religión y civismo, “como auxiliar muy positivo en la evangelización y la actividad parroquial” (Atehortua, 1987, p. 49). Y en septiembre del mismo año se realizó la semana bíblica en Aguachica con el fin de evangelizar a través de la palabra de Dios, acercando a la comunidad por medio de la Sagrada Escritura a un encuentro con Jesucristo vivo.

Otro hecho que permite el encuentro de Jesús con las personas estuvo relacionado con la visita de Pablo VI a Colombia, ya que en 1967 se inició la preparación del Congreso Eucarístico, se celebraron “las Asambleas familiares con participación de los fieles, en el centro y en los barrios de la ciudad” (Pineda, 2002, pp. 73-74). Además esto inició la experiencia de oración y adoración eucarística organizada en las diversas parroquias para acompañar este acto tan significativo como era la visita del Papa a Colombia.

En 1970 se crea una casa de retiros llamada Villa María, con el fin de acompañar los procesos de formación a nivel pastoral, comunitario y espiritual de los discípulos del Señor Jesús. Por tanto, era de gran necesidad esta obra para el pueblo cristiano ya que se “necesitaba de la reflexión, el ponerse frente a frente a las verdades eternas, el considerar en el silencio de la oración los problemas espirituales de la existencia humana”. Esta casa se convierte en “foco de espiritualidad que irradiará a Cristo en muchas almas con hambre y sed de justicia, y en muchos pródigos ávidos de paz y de enmienda” (Atehortua, 1987, p. 52).

En esta primera etapa del camino discipular de la creación de la Diócesis de Ocaña se han podido colocar las bases para el encuentro de los discípulos con

Jesús a través del anuncio del evangelio y convocación de todas las gentes a formar parte del itinerario discipular. Así pues, se fueron gestando los lugares de encuentro con el Señor como fueron las parroquias, las instituciones formativas, entre estas el seminario menor el dulce nombre, la casa de retiros Villa María, al igual que se contó con el apoyo de las comunidades religiosas tanto femeninas como masculinas.

1.2 TRABAJO FORMATIVO: PROYECTO DE FORMACIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO

Después de ver y anotar algunos elementos desde la creación de la Diócesis de Ocaña en este caminar discipular, pasamos a un segundo periodo de este proceso de configuración de los discípulos con el maestro. Y es en este período donde se da una mayor organización ya que se implementan los proyectos y planes de pastoral que permiten un mejor desarrollo en la vocación, el seguimiento y la misión de los discípulos del Señor.

Este tiempo estuvo coordinado por el segundo Obispo de la Diócesis de Ocaña Monseñor Ignacio Gómez Aristizábal (1972-1993). Empezó con la búsqueda de estructuras de comunión y participación. Sobre todo el plan Quinquenal de pastoral y proyectos. Esta realidad está enfocada en cuatro elementos a saber:

1. Estudio de la realidad diocesana y algunas realizaciones (1973-1976)
2. Plan quinquenal de pastoral para la Diócesis (1977-1982)
3. Gran misión Diocesana (1982-1984)
4. Renovación de la Parroquia (1984-1987)

Se vio la necesidad de concretar la reflexión Eclesiológica que serviría de respaldo a dicho plan que la Diócesis quería acoger, como era el "Plan

Quinquenal". De manera que fue necesario un tiempo de mayor esfuerzo para asimilar la nueva teología del Concilio Vaticano II, recogida en la segunda Conferencia del episcopado Latinoamericano reunido en Medellín en el año 1968. Además surgió como necesidad, el tener un acercamiento a la realidad de donde se quería partir con este nuevo proyecto pastoral.

1.3 EL PLAN QUINQUENAL DENTRO DE LA REALIDAD DE LA DIÓCESIS Y ALGUNAS RELIZACIONES

De forma lenta y progresiva la Diócesis desarrolla su tarea evangelizadora y formadora de los discípulos del Señor Jesús, y así se fue gestando un nuevo proyecto o plan de pastoral Quinquenal (1977-1982). "Desde el momento en que se lanzó el Plan Quinquenal, los cursillos de cristiandad se sitúan en el proyecto de Agentes Laicos de Pastoral como instrumento de formación básica" (Pineda, 2002, p. 110).

Los cursillos de cristiandad habían comenzado en el año 1973 y tenían un programa dominical en las emisoras diocesanas que llevaban por nombre "Cristiandad en marcha" (Atehortua, 1987, p. 65), el cual ya había permitido un camino de evangelización. Al igual que estos cursillos de cristiandad surgieron los cursos de promoción campesina, que también hacen parte de este plan Quinquenal.

En este nuevo plan Diocesano de pastoral 1977- 1982, el proyecto "Agentes Laicos de la Pastoral", "fue seleccionado entre los proyectos, a los cuales se les daría prioridad en su realización". "Una de las principales actividades de este proyecto fue la realización de 15 cursos básicos para seglares en la Provincia de Ocaña" (Pineda, 2002, p. 111). También se iniciaron los congresos diocesanos de laicos, con el fin de revitalizar el apostolado seglar a nivel diocesano (1979-1986).

Este proceso inicial, dentro de la realidad misma de la Diócesis permitió abrir el camino de la acogida del anuncio de Cristo, con otros programas que vienen a liderar el proceso de formación, de trabajo pastoral y de comunión del pueblo de Dios. Aquí no podemos olvidar el trabajo realizado por cada uno de los proyectos abanderados en este Plan Quinquenal. Por tanto, en este camino de llamado, encuentro y seguimiento de los discípulos de Jesús, recoge los elementos de formación discipular adoptados en aquel entonces en el Proyecto Quinquenal. Estos elementos son:

Agentes laicos: se hacía necesario dar formación básica a un gran número de laicos, descubrir los carismas y encaminarlos hacia las distintas acciones apostólicas. Se pensó que este programa suministraría laicos a los demás proyectos para recibir una formación específica de acuerdo con el carisma.

Así en el apostolado seglar se realizaron los programas de pastoral familiar con encuentros conyugales, asesoría familiar, programas radiales; en la pastoral para la comunicación, se dictaron cursos de formación; en los ministerios laicales, se dieron cursos periódicos en Villa María; en la pastoral juvenil, se realizaron cursos a nivel diocesano, vicarial y parroquial, al igual que congresos anuales; en la pastoral social, se brindaron cursos de capacitación y promoción comunitaria, cursos de doctrina social de la Iglesia: salud preventiva, asistencia social (Cf. Atehortua, 1987, p. 66).

Además, en los movimientos y asociaciones apostólicas se realizaron como se había anotado anteriormente, los cursillos de cristiandad; desde 1972 se han dictado 71 cursillos con la participación de 1982 personas (Cf. Atehortua, 1987, p. 66). La legión de María existente desde la creación de la Diócesis en sus actividades catequesis y visitas de hogares, al igual los nazarenos con sus actividades para semana santa y reuniones mensuales. La renovación carismática en la formación y acompañamiento de los grupos de oración, cursos de servidores, estudios de documentos de la Iglesia y Asistencia Social. El voluntario

vicentino con su asistencia social, sus visitas domiciliarias y capacitación femenina. Y la sociedad de San Vicente de Paúl con sus conferencias a adultos y jóvenes y también en la asistencia social servicio de viviendas y visitas domiciliarias (Cf. Atehortua, 1987, p. 66).

Ministerios laicales y diaconado permanente: en la aprobación del Plan Quinquenal, surgió la institución diaconal en la Diócesis con la aprobación de todos los sacerdotes del presbiterio. Así mismo, el conferir ministerios a laicos, de la Palabra y de la Eucaristía.

El proyecto de Diaconado permanente y ministerios laicales fue considerado como el proyecto BANDERA. Y “este proyecto se despertó desde el momento en que se comenzaron en Villa María los encuentros para elaborar el Plan Pastoral de la Diócesis 1977-1982, bajo la orientación del Padre Iván Marín y la Hermana Leonor Becerra, a quienes asesoró últimamente Mons. Rodrigo Escobar” (Pineda, 2002, p. 114).

El diaconado permanente recibió su formación remota en los seminarios, en grupos apostólicos, en los cursillos de cristiandad y la formación próxima fue recibida “en cursos especializados durante 3 años, a cargo del P. Iván Marín y de la Hna. Leonor Becerra; y la permanente se ha tenido en los Retiros y Cursos generales del Clero, y en los encuentros especiales para Diáconos y sus esposas, tres veces al año” (Atehortua, 1987, p. 72).

Por otra parte, surgen los ministerios laicales y su formación desde 1977 a 1987, en el que se pudo apreciar que “alrededor de cuarenta fueron los cursos o encuentros que se tuvieron en 10 años, en la casa de Villa María, con participación cada vez de unas 50 personas (hombres y mujeres), de diferentes partes de la Diócesis” (Atehortua, 1987, p. 73).

En el campo de la formación doctrinal se hicieron los cursillos basados en el estudio de la Sagrada Escritura, en el Concilio Vaticano II, en las conferencias latinoamericanas de Medellín y Puebla, al igual que los manuales del Spec, “El plan de salvación” y “Jesucristo, Dios y Hombre”; luego se adoptó el texto “CRISTIANOS HOY” de Félix Moracho. Con esto se quiso buscar “Ministros laicos animadores de la fe con sentido social cristiano” (Atehortua, 1987, p. 73). La meta Diocesana en aquel entonces era “llegar a tener mil ministros laicos, para guardar mil sagrarios, en mil capillas de veredas, coordinados por diáconos permanentes, en comunión fraternal con los párrocos” (Atehortua, 1987, p. 74).

Pastoral juvenil. Su objetivo fue el de promover la evangelización en el mundo de la juventud estudiantil, obrera y agraria. En la pastoral de la juvenil Diocesana se comenzó desde 1972 con la orientación espiritual hacia el discernimiento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, y que continuó progresando en su estructuración pastoral, hasta llegar a una opción preferencial de la Iglesia por los jóvenes (1982), con el fin de promover “líderes juveniles hacia la conformación de grupos que dinamicen la evangelización de sus parroquias, en un compromiso con Cristo, la Iglesia y el hombre” (Pineda, 2002, p. 122).

También, con la ayuda de la juventud trabajadora colombiana se organiza un grupo de jóvenes campesinos dentro de la Diócesis de Ocaña en agosto de 1983 con el objetivo de “promover a la juventud trabajadora como una fuerza renovadora y factor de cambio social que aporte en la construcción de una nueva sociedad cuya organización económica, política y social tenga en cuenta los valores del Evangelio” (Atehortua, 1987, p. 77).

Pastoral vocacional. Su cometido fue dar orientación vocacional a la juventud y ayudar a los Jóvenes en su opción. Y de manera particular dar a conocer lo específico de la vocación sagrada: sacerdotal y religiosa.

La pastoral vocacional que ha sido uno de las preocupaciones de la Diócesis, llevó a consolidar la fundación vocacional el 20 de agosto de 1973, con el objetivo de ayudar a los jóvenes en su reflexión vocacional y orientación de los que manifiestan deseo de conocer la vida sacerdotal y consagrada (Cf. Atehortua, 1987, p. 78). Así mismo, se fundó el Seminario mayor en las antiguas instalaciones de Villa María y el seminario Menor Juan Pablo II en San Calixto (1983), Norte de Santander, con el fin de formar a los futuros presbíteros de la Diócesis.

Pastoral litúrgica: tiene como objetivo de que las gentes comprendan la ubicación de la misma, dentro de la pastoral general. Así mismo, desarrollar la vida litúrgica en el pueblo de Dios y buscar lo que han recibido de la fe, lo celebren y lo vivan. Además, la pastoral liturgia quiere responder a una demanda de religiosidad popular, el “lograr que la liturgia diocesana ayude al Pueblo de Dios para que celebre con sentido eclesial cada uno de los sacramentos y los acontecimientos de su vida en experiencia de gozo y fraternidad” (Pineda, 2002, p. 125).

Pastoral de la comunicación: dado que la Diócesis de Ocaña posee dos emisoras, Radio Catatumbo en Ocaña y la Voz de Aguachica en Aguachica- (Cesar), era necesario configurar un proyecto tendiente a lograr la máxima utilización de estos instrumentos y a la capacitación de agentes de la comunicación.

Se sigue el proyecto de comunicación social, con la adquisición de las dos emisoras radiales. La primera radio Catatumbo (1973) y luego la Voz de Aguachica (1974), llamadas con sobrada razón el “PÚLPITO DE NUESTROS DÍAS” (Atehortua, 1987, p. 82).

Entre los medios de comunicación, también fue adquirida una máquina tipográfica de EDITORA DEL NORTE o GRÁFICAS OCAÑA LTDA (1982).

Además se crea el INSTITUTO DIOCESANO DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL: IDIMECSO, con el fin de regular el funcionamiento de las emisoras y de la imprenta.

Pastoral familiar: ante una familia que sufre el fuerte impacto de la civilización del consumo, de la drogadicción, de la erotización y contracepción, era menester diseñar un programa que ayudara a los esposos y familias a vivir el mensaje de Jesucristo, a conformar matrimonios y familias ideales en el Espíritu del Evangelio y hacer apóstoles de la familia en su medio ambiente.

En cuanto a la pastoral familiar, se inició la comisión diocesana en 1979, con el objetivo de “que las familias de las Diócesis se constituyan en Iglesia doméstica, formadoras de personas, educadoras de la fe y promotoras del desarrollo” (Atehortua, 1987, p. 85).

Se elabora un plan de trabajo para 10 años (1980-1990), “comprende tres etapas: Mentalización, organización y ejecución – evaluación”, cuyo “objetivo general es: que en el mayor número de Parroquias de la Diócesis haya un núcleo de familias responsables de su fe, que organizadas y en constante formación sean líderes dentro de su misma comunidad” (Pineda, 2002, p. 131).

Pastoral social: se vio que en una pastoral orgánica es importante proyectar la luz del Evangelio sobre lo social. Divulgar la Doctrina Social de la Iglesia, dar inspiración cristiana al desarrollo de la persona y las comunidades, proporcionar asistencia social a las personas que lo requieran hasta donde alcancen las posibilidades y promover estructuras que faciliten la vida comunitaria.

El trabajo de Pastoral social tiene su comienzo en 1979 con la organización del equipo Diocesano de Pastoral, con esto se empieza una concientización sobre la realidad del campesinado. Además, se muestran las “alternativas de

organización comunitaria, partiendo del reconocimiento de sus valores como personas capaces de organizarse para buscar el bien común”.

En la parte formativa se brindaron los siguientes temas: 1. “Persona humana: valores de la persona, comunicación humana el hombre ser social, el cambio”. 2. “Trípode de Puebla: Jesucristo, Iglesia, Hombre”. 3. “Organización: los grupos humanos, liderazgo”. 4. “Planeación: Necesidad e importancia de la planeación, elaboración de un plan, evaluación” (Atehortua, 1987, p. 89).

Pastoral de la vida religiosa: se reflexionó en el encuentro de sacerdotes, religiosas y laicos, sobre la necesidad de animar la vida religiosa de las congregaciones, buscar la vinculación orgánica en la pastoral de conjunto y suscitar nuevas vocaciones a la vida religiosa.

La pastoral de la vida religiosa en el caminar discipular ha puesto su grano de arena en la tarea evangelizadora de la Diócesis. En la tarea de acompañar a los discípulos/as del Señor, la Iglesia diocesana “ha procurado reunir a las religiosas de tres a cuatro veces al año, con el fin de buscar la coordinación pastoral” (Atehortua, 1987, p. 91).

Pastoral para el presbítero: los presbíteros que son los principales agentes en la evangelización de la Diócesis, deben ser también objeto de evangelización. Todos necesitamos vivir en una conversión permanente. Además era necesario impulsar la promoción integral del presbítero.

La pastoral presbiteral según lo refiere este plan de pastoral 1977-1982 se convierte en una necesidad para la Iglesia particular de la Diócesis de Ocaña: continuar con su “PROMOCIÓN INTEGRAL Y FORMACIÓN PERMANENTE en las áreas de ESPIRITUALIDAD, ACTUALIZACIÓN TEOLÓGICA, Y RENOVACIÓN PASTORAL” (Atehortua, 1987, p. 94).

Por tanto, son de notar los retiros espirituales anuales, al igual que tres encuentros al año en Villa María, sobre temas que tocaban la realidad de la Iglesia en aquel entonces, estos temas fueron “la teología de la liberación, secularismo, grandes líneas de pensamiento Bíblico de hoy a partir de la Dei Verbum, ideas maestras de la Teología moral contemporánea, Renovación litúrgica, Eucaristía, Puebla y las tres verdades sobre Jesucristo, la Iglesia y el hombre” (Pineda, 2002, pp. 146-147).

Catequesis: este proyecto no aparece en el plan Quinquenal. Sin embargo la actividad en el campo de la Catequesis ha sido una preocupación permanente y una opción pastoral de las Hermanas de la Paz (Atehortua, 1987, pp. 63-64). Ya que la Iglesia como sujeto de la catequesis, es “continuadora de la misión de Jesucristo Maestro y animada por el Espíritu, ha sido enviada para ser maestra de la fe”. Por tanto, conservando “fielmente el Evangelio en su corazón, lo anuncia, lo celebra, lo vive y lo trasmite en la catequesis a todos aquellos que han decidido seguir a Jesucristo” (Congregación para el Clero, 1998, p. 76).

La catequesis coordinada por las Hermanas de Nuestra Señora de la Paz, comienza en 1972, realizando su trabajo de formación en los grupos parroquiales y asesorando en la catequesis a profesores de enseñanza de primaria. Durante los años siguientes se continúa el trabajo de asesoría, de actualización y de seguimiento a los profesores de religión.

Como frutos de este plan Quinquenal se pudo organizar la constitución de los secretariados diocesanos que hoy son llamados las comisiones de pastoral y además, el gran incremento de apóstoles en la vida seglar; es decir, que fue acertado este plan para reorganizar los espacios de encuentro y seguimiento de los discípulos con el Señor Jesús, en la Diócesis de Ocaña.

1.4 HACIA COMUNIDADES EVANGELIZADAS, EVANGELIZADORAS Y PARTICIPATIVAS 1982 -1987

Ahora bien, es necesario acercar la mirada al caminar discipular dentro del desarrollo de la gran misión (1982 a 1984) y el proyecto de Renovación de la Parroquia (1985 a 1987).

1.4.1 La Gran Misión.

Al culminar el nuevo proyecto o plan Quinquenal, se da la necesidad de impulsar y realizar dentro de toda la Diócesis la gran misión. Esta se llevó a cabo en el año de 1982 hasta 1984, y fue organizada por el Consejo Diocesano de pastoral y otros organismos encabezados por su Obispo.

Las razones que impulsaron esta Gran Misión eran:

La gran necesidad de que el Pueblo de Dios se reimpulsase en la renovación cristiana: cien años de actividad evangelizadora y cultural en el templo de nuestra Señora de las gracias de Torcoroma situada en la montaña santa; veinte años cumplidos de la realización de la Gran Misión en estos territorios cuando aún hacían parte de la Diócesis de Santa Marta, o sea en el año de 1962, y finalmente el buen número de laicos formados para el Apostolado Seglar a lo largo del Quinquenio Pastoral que podían prestar ya un buen servicio en la evangelización. (Atehortua, 1987, p. 103)

Es así, que esta misión se emprende asignando “responsabilidades en la evangelización a laicos formados durante el Plan Quinquenal de Pastoral”. Al igual se determina “*que el personal básico debe ser el mismo de la Diócesis*”, pero a la vez “se buscó la ayuda y colaboración de otras Iglesias particulares del país”. Los

equipos de misión “para la evangelización de las diferentes parroquias estaban conformados por sacerdotes, religiosas y laicos”. Además se dejó en cada centro evangelizado a “algunos laicos que continuaran la labor de post-misión” (Atehortua, 1987, p. 104).

Los contenidos de esta misión eran las tres verdades de Puebla: Cristo, Iglesia y Hombre. Para eso se elaboró una guía para los evangelizadores en los que estaban contenidos los elementos doctrinales para la predicación y al mismo tiempo “el folleto: Cristo- Iglesia- Hombre caminos de liberación” (Atehortua, 1987, p.104).

El logro de esta misión fue la concurrencia “masiva y la respuesta fervorosa y satisfactoria, puesto que la gente escuchaba con gusto la palabra de Dios y participaban en los sacramentos”. Además “los efectos tangibles están representados en los grupos de catequistas veredales, en los sagrarios que se han situado en algunas veredas, a cargo de un ministro extraordinario de la Eucaristía” (Atehortua, 1987, p. 104).

Esta misión enriqueció el camino discipular de la Iglesia particular de la Diócesis de Ocaña, ya que fue un salir de los nuevos discípulos a invitar a otros a la experiencia con el Señor, al mismo tiempo fortaleció las comunidades que venían acogiendo el evangelio en su corazón, y por ende, se sigue el proceso de acompañamiento y de compromiso de seguir creciendo en el conocimiento del Reino de Dios.

1.4.2 Proyecto de renovación parroquial.

Finalizando la gran misión, se comienza a realizar el proyecto de renovación parroquial (1985-1987) “desde la catequesis, siendo fieles a Cristo, a la Iglesia y al Hombre, como Criterio de la Evangelización en América Latina” (Pineda, 2002, p. 158). “Al consejo Diocesano de Pastoral”, “le pareció bien conocer nuevas

experiencias de Nueva Imagen de Parroquia, promovidas en algunas partes del mundo por el movimiento internacional “por un mundo mejor” del Padre Lombardi” (Atehortua, 1987, p. 108). Desde luego nueve parroquias respondieron acogiendo dicho proyecto.

1.5 EL NUEVO PROYECTO EN EL CAMINO DE EVANGELIZACIÓN DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR JESÚS

1.6 PROYECTO DE RENOVACIÓN DIOCESANA 1987-2011

En el año de 1987 y 1988 con una realidad social de mucha violencia, la Iglesia de la Diócesis de Ocaña, aceptó la propuesta del proyecto de Renovación Diocesana. Comenzando así “el tránsito de nueva imagen de parroquia a nueva imagen de Diócesis” (Pineda, 2002, p. 107). Por tanto, se constituye el equipo Diocesano de animación pastoral EDAP, que asume el análisis de la realidad.

De 1989 a 1992 “se efectúa la etapa previa del proyecto de renovación Diocesana que es el proyecto de espiritualidad comunitaria en sus tres fases”. En la primera fase hay una “definición y adaptación de la propuesta” (Pineda, 2002, p. 107), tanto del Obispo como del EDAP.

La segunda fase fue la “aceptación de la necesidad de la renovación – conversión comunitaria como Iglesia particular”. Además reflexión “de las características bíblico – conciliares de la renovación”. Y la tercera fase realizada en 1991, fue el “plan de espiritualidad eclesial diocesana”, también se da la “primera experiencia diocesana de pastoral de multitudes” (Pineda, 2002, p. 108).

Finalizando esta etapa previa de adopción del plan de pastoral en 1992, se realiza dentro de la “ciudad de Ocaña otra misión con motivo de los 500 años de Evangelización”. Por tanto, esta misión se realizó dentro del proceso y estructuras

del plan de pastoral con el lema: “Ocaña hacia la nueva Evangelización” (Pineda, 2002, p. 109) y se acepta el nuevo proyecto de Renovación Diocesana.

1.7 CONSOLIDACIÓN DEL PROYECTO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN

Cuando termina el plan trienal y la gran misión de los 500 años de Evangelización, se gesta para el camino de los discípulos de la Diócesis de Ocaña, el nuevo proyecto Diocesano de Renovación y evangelización (PDR/E), permitiendo dar un giro al caminar discipular a nivel pastoral, comunitario, formativo y espiritual de los nuevos discípulos de Jesús el Señor.

El proyecto es asumido por el actual Obispo de la Diócesis Mons. Jorge Enrique Lozano Zafra que había llegado el 5 de Agosto de 1993. De manera, que con él, se empieza a desarrollar el trabajo pastoral renovador y evangelizador para la formación de los nuevos discípulos de Cristo. “El 18 de mayo de 1993 el señor Obispo ratifica “el PROYECTO DE RENOVACIÓN DIOCESANA Y PARROQUIAL” (Pineda, 2002, p. 181).

Es así que “a partir de este momento, con el apoyo decidido de Monseñor Jorge Enrique empiezan a consolidarse las estructuras para llevar a cabo el proyecto de renovación diocesana: El EDAP, (Equipo Diocesano de Animación Pastoral); igualmente comisiones diocesanas de Pastoral Familiar, catequesis, Pastoral juvenil, Pastoral social y pastoral de multitudes” (Pineda, 2002, pp. 181-182). Sin embargo este proyecto es asumido en el marco del estudio de la realidad de la Diócesis de Ocaña.

De manera que este estudio realizado por los discípulos de la Diócesis de Ocaña en el 1994, permitió ver una Iglesia que “está desarticulada social, geográfica, cultural, económica, política, familiar, religiosa y pastoralmente”

(Diócesis de Ocaña, 2010, p. 16) y por tanto, se siente inhibida para expresarse orgánicamente y dinámicamente en su identidad debido a la violencia.

En respuesta a la gran problemática de la realidad se propuso como ideal el poder llegar una comunidad orgánica y dinámica, que esté articulada con el conjunto de todos los bautizados de la Diócesis, es decir; en las parroquias, en las pequeñas comunidades, en las familias. Que se exprese en su diversidad de dones, carismas y ministerios. Y que los sacramentos sean celebrados en un proceso permanente de evangelización y catequesis.

Partiendo del estudio de la realidad y teniendo claridad hacia donde se quiere llegar, es decir el ideal, la Iglesia diocesana se encamina para hacer posible el nuevo proyecto que fortalece y dinamiza la formación inicial y permanente. Esto en base a la nueva eclesiología que presenta el concilio Vaticano II, cuando dice que “la congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios, para que sea para todos y cada uno sacramento visible de esta unidad salvífica” (LG 9).

1.8 CAMINO DE FORMACIÓN DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR JESÚS EN EL NUEVO PROYECTO DIOCESANO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN.

1.9 PROYECTO DIOCESANO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN.

El nuevo proyecto de Renovación y Evangelización es entendido como “un instrumento pastoral para realizar la tarea evangelizadora de una Iglesia particular (Diócesis)” (López, 2011, p. 22). Por tanto, se busca que la Iglesia viva, se exprese y se dinamice desde la experiencia de la comunión, de participación orgánica y de misión, en el que se haga posible la gestación del Reino de Dios, el

cual Involucra a todos los discípulos de la Diócesis, en un proceso de estrecha comunión con sentido misionero.

Este proyecto comprende tres etapas de las cuales se articulan desde tres fases que revitalizan la experiencia del discípulo. Y es desde dentro del mismo proyecto de Renovación y Evangelización, en que se puede ver que el camino de formación de los discípulos del Señor se va fortaleciendo y madurando en el encuentro-seguimiento con el Divino Maestro.

Esquema del proyecto:

PROYECTO DIOCESANO DE RENOVACIÓN Y EVANGELIZACIÓN (PDR/E)		
ETAPAS	OBJETIVOS	FASES
KERIGMÁTICA (1994-2006)	SENSIBILIZACIÓN	1. Diversidad 2. Participación solidaria 3. Comunión
PRE- CATECUMENADO (2007-2015)	REDESCUBRIMIENTO	1. Palabra de Dios 2. La Fe 3. Cristo
CATECUMENADO (2015)	CONSCIENTIZACIÓN	1. La Comunidad 2. Los sacramentos 3. La Ministerialidad

1.10 NIVELES DE PASTORAL DENTRO DEL PDR/E

Dentro del Proyecto Diocesano de Renovación y Evangelización (PDR/E), se desarrollan con mayor claridad los niveles de acción pastoral, que permiten

observar el camino de formación discipular y que de hecho algunos de estos elementos habían sido asumidos por el Proyecto Quinquenal.

Los niveles son entendidos como los campos o áreas de acción pastoral que conducen al logro del ideal de la Diócesis en categorías globales y específicas. Estas acciones que están dirigidas al conjunto de todo el Pueblo de Dios, se organizan en cinco niveles: pastoral comunitaria, pastoral sectorial, servicios pastorales, pastoral ministerial y las estructuras pastorales.

Por tanto, “se distinguen las acciones que se dirigen al conjunto de los destinatarios en cuanto conjunto y que se llama “pastoral comunitaria”; las que se dirigen a grupos específicos o “pastoral sectorial”; las que tienen como objeto los servicios que la Iglesia debe ofrecer o “servicios pastorales”; aquellas que se dirigen a los mismos agentes de pastoral o “pastoral ministerial”; y las que se refieren al funcionamiento de las “estructuras” (Cappellaro, 1999, p. 22).

Se realizó el análisis de los niveles de pastoral (1994 – 2011) dentro del proyecto Diocesano de Renovación y Evangelización (PDR/E) asumiendo el compromiso de vivir la experiencia de formación y acompañamiento de los discípulos del Divino Maestro.

La Pastoral Comunitaria la integran: la pastoral de multitudes, la pastoral de pequeñas comunidades y la pastoral familiar. La Pastoral de multitudes impulsa y fortalece la vida parroquial. Las parroquias que conforman la Diócesis de Ocaña están reuniéndose periódicamente para formar a los agentes de pastoral parroquial (Cf. Diócesis de Ocaña, 2010, p. 19). Esta formación se está dando a través de un material elaborado para la formación y la misión de los discípulos pero en orden a las etapas que el proyecto de Renovación y Evangelización comprende.

Se revitalizó el camino de formación con el material de los afiches, de los volantes y las demás acciones de conjunto. Esto ha llevado a sensibilizar al pueblo de Dios, al sentido de Iglesia comunión. Además, se fortaleció la experiencia de fe como encuentro personal con Jesucristo Vivo y por tanto, contribuye al proceso de anuncio o convocación, seguimiento, encuentro, conversión y discipulado que compromete al testimonio de la fe en la comunidad.

En la Pastoral Familiar se puede observar la consolidación de la comisión Diocesana en su tarea de acompañamiento y de formación de todas las familias de la Diócesis. Esta comisión diocesana, está acompañando el proceso de fortalecimiento de los núcleos familiares, por medio de los encuentros mensuales para la confrontación entre fe y vida. Como logro significativo se puede recoger que la mayoría de las parroquias cuentan ya con el comité de pastoral familiar.

Sin embargo, se constata en el análisis hecho de la pastoral comunitaria, la necesidad de “pasar de una pastoral preocupada exclusivamente en la preparación al matrimonio; a una pastoral familiar de seguimiento y formación de las familias” (Diócesis de Ocaña, 2001, p. 74). Al igual, la realidad de análisis de la última evaluación Diocesana, manifiesta que la Pastoral Familiar está constituida en un 19.5% en diferencia de un 80.5% que no existen en las parroquias de la Diócesis.

Pastoral Sectorial la conforman los diversos grupos existentes en la Diócesis especialmente la pastoral infantil, pastoral juvenil, pastoral para docentes y pastoral universitaria.

En el campo de la Pastoral Infantil apreciamos la tarea de convocación y formación de la Diócesis que ha hecho de las personas que están acompañando la organización y trabajo del movimiento infantil Diocesano. Por tanto, la Pastoral Infantil crece en su organización y dinamización en un 39% a nivel de parroquias, y falta todavía por desarrollar el 61% que no tiene esta pastoral.

La Pastoral Juvenil, también ha desarrollado el proceso de convocación, conformación, seguimiento y participación de los jóvenes dentro del Movimiento Juvenil Diocesano. Y es el esfuerzo y la dedicación de la comisión Diocesana, que permite el acompañamiento y la formación de los jóvenes. Específicamente se ve en aspecto positivo la constitución de la pastoral juvenil a nivel parroquial de un 61% faltando por su constitución el 39% de las parroquias de la Diócesis de Ocaña.

En la pastoral para docentes se pudo organizar y definir el Movimiento Diocesano de la Pastoral Educativa. Además, se conformaron los comités parroquiales que permiten la formación en la fe, los encuentros y las celebraciones con los docentes.

En la Pastoral universitaria se lleva a cabo el proceso de sensibilización de los estudiantes, el acompañamiento y formación de la pastoral universitaria, integrándolos en el Proyecto Diocesano. Así mismo, están las bases para definir esta clase de apostolado como movimiento Diocesano de Evangelización.

Entre los **Servicios pastorales** está la catequesis, la pastoral litúrgica, los medios de comunicación social, la pastoral social y la pastoral vocacional. Con estos servicios pastorales se desea llegar “a todos los bautizados y gente de buena voluntad, y se ha completado y renovado los comités parroquiales correspondientes” (Diócesis de Ocaña, 2010, p. 34).

En el servicio pastoral de la catequesis, la formación inicial y permanente, está permitiendo la capacitación de un buen número de catequistas, sin embargo, todavía hace falta mejorar su estructuración. Y se cuenta con la organización de los comités en todas las parroquias.

La pastoral litúrgica está constituida a nivel de Diócesis y por tanto, se cuenta con la comisión Diocesana que acompaña el trabajo de sensibilización, y formación de las comisiones parroquiales a través del “estudio y la aplicación de las instrucciones sobre la liturgia” (Diócesis de Ocaña, 2001, p. 91).

Los medios de comunicación social, son un apoyo para la evangelización integral, ya que sensibilizan, acompañan los procesos de evangelización, de corresponsabilidad y de formación de las conciencias críticas del pueblo de Dios. La Iglesia considera los Medios de comunicación Social como instrumentos válidos “para predicar a los hombres el mensaje de salvación” (IM, 3), en respuesta a esto la Iglesia diocesana forma a los agentes que están en el servicio de los MCS.

La pastoral social fortalece los programas existentes y está acompañando y desarrollando un trabajo social en las comunidades campesinas con el fin de generar procesos de cambio hacia la agricultura ecológica, la convivencia pacífica y la participación activa en el Estado social de Derecho. A nivel Diocesano se constata que la Pastoral social ha crecido en un 48.8% con un 52% que falta por gestionar.

La Pastoral vocacional presentaba una desarticulación por la ausencia de comités parroquiales y la falta de compromiso; pero se logró fortalecer la comisión Diocesana de Pastoral Vocacional, como también se está dando la organización de los comités parroquiales y el acompañamiento de los mismos.

La pastoral ministerial trabaja la profundización en la espiritualidad que fundamenta el plan y al mismo tiempo acompaña la formación pastoral de todos los agentes, la formación doctrinal, espiritual y pastoral diversificada según la categoría de personas, la formación específica para los presbíteros, la formación específica para los consagrados, la formación de laicos, los movimientos con

espiritualidad específica articulados en la espiritualidad de comunión como son: la renovación católica carismática, laicos por la vida y legión de María.

En la formación espiritual y pastoral de todos los agentes de la Diócesis de Ocaña, se efectúa durante cada año la reunión de programación y de planificación de los agentes de Pastoral. Esta formación permite la reflexión sobre temas de actualidad teológica, y en la misma dinámica del plan por cada año se profundiza en los temas correspondientes a cada etapa y fases del PDR/E.

En la formación específica y permanente de los presbíteros se continúa revitalizado a través de los retiros anuales, y formación doctrinal por fuera y dentro de la Diócesis de Ocaña. Así mismo, se asumió la tarea de la formación permanente del Clero, especialmente a través de tres encuentros durante cada año. Actualmente se hacen retiros vicariales para ayudar a vivenciar la experiencia de comunión.

La formación específica para los consagrados, está ahondando en el estudio y en la reflexión de la fe como encuentro con Jesucristo vivo. Y continúa el compromiso de servicio en los campos de educación, asistencia social y animación parroquial.

En la Formación de los laicos se organizó la escuela de formación y esto está propiciando la experiencia profunda de fe como encuentro personal con Jesucristo vivo, en un proceso de conversión y discipulado como exigencias mismas de la fe.

Entre los movimientos con espiritualidades específicas que están articulados en la espiritualidad de comunión se encuentran, en primer lugar, la renovación carismática que tiene como tarea la de fortalecer la formación a nivel parroquial y Diocesana. En segundo lugar, están los laicos por la vida que fortalecen la pastoral de los niños, de los jóvenes y de las familias, y además,

fomentan la espiritualidad mariana. En tercer lugar está la legión de María que realiza encuentros de estudio y actividades de integración.

Las **estructuras pastorales** comprenden “las acciones orientadas a la creación y funcionamiento de las estructuras de comunicación, de participación y de corresponsabilidad de todo el pueblo de Dios en la vida y misión de la Iglesia” (Cappellaro, 1999, p. 36).

Dentro de las estructuras pastorales están las de elaboración, como son: el Equipo Parroquial de Animación Pastoral (EPAP), Consejo Diocesano de Animación Pastoral (CDP) y el Equipo Diocesano de Animación Parroquial (EDAP). Estructuras de resolución como son: la Asamblea Parroquial y el consejo presbiteral. Estructuras de actuación orgánica: las vicarías, los párrocos y el comité de coordinación parroquial. Estructuras de conducción: vicaría de pastoral, vicarías foráneas.

Las estructuras de comunicación, participación y corresponsabilidad, se han venido organizando, consolidado y están actualmente funcionando a nivel Diocesano.

Se ha podido recoger dentro de las estructuras de elaboración en el ambiente de espiritualidad de comunión, la integración, formación y fraternidad entre los presbíteros y el EPAP. Actualmente, se cuenta con un crecimiento de 87.8% de consolidación del EPAP a nivel diocesano con un promedio de 12.2% que no se ha organizado.

Las Estructuras de participación permiten que los discípulos de la Diócesis de Ocaña reciban la formación doctrinal, Espiritual y Pastoral, en líneas comunes de evaluación y programación. “El crear estas estructuras es poner a la gente al servicio los unos de los otros y, por lo mismo, se trata de una tarea de

evangelización. Además es mejor que muchos hagan poco que el que pocos hagan mucho” (Cappellaro, 1999, p. 216).

Se ha podido finalmente observar el camino de formación en las diversas dimensiones: humana, comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera dentro de los niveles de acción del proyecto de Renovación y Evangelización. Sin embargo esta formación ha tenido específicamente su desarrollo dentro de cada una de las etapas que trae consigo el PDR/E y por tanto, es necesario retomar estos elementos de esta tercera etapa del caminar discipular.

1.10.1 Primer período de este itinerario formativo: kerigma

Durante el periodo de 1994 al 2006 se fue solidificando la tarea de anunciar a Cristo muerto y resucitado. Es decir el anuncio del kerigma “la proclamación de una primera experiencia de salvación que acontece en la medida en que se vive la conversión” (López, 2011, p. 34). En la primera etapa de CONVOCACIÓN de todos los bautizados y de todos los hombres de buena voluntad se sensibilizó a través de las tres fases como son: la diversidad, la participación solidaria y la comunión.

En el desarrollo de esta primera etapa, lo que se quiere buscar es “la superación de la indiferencia, que el pueblo sienta por el problema religioso y la persona de Cristo que lo llama a una conversión inicial y primera a la comunidad, sin cerrarse a la misma, dispuesto a dar un paso significativo en el momento oportuno, como fruto del encuentro con Cristo “muerto y resucitado” (López, 2011, p. 34).

Esa tarea permanente del anuncio del “itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y estos le siguen porque conocen su voz” (DA 277).

Puestas en marcha “las estructuras básicas de comunión y participación” (Cappellaro, 1999, p. 227), fue necesario el abrir camino para la misión del año jubilar, entendiendo que todo aquel que se hace discípulo del Señor es misionero. Es decir, que se hace “partícipe de su misión”, vinculado a “Él como amigo y hermano”. De manera que “cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma” (DA 144).

Se inició la misión con la participación de 24 parroquias, con un número aproximadamente de 332 personas, que como misioneros pregonaron el evangelio en la Diócesis de Ocaña. Esta misión tuvo como lema “una Iglesia en comunión bajo la guía de su pastor” (Diócesis de Ocaña, 2001, p. 23).

La misión comenzada en la familia permitió la unión y la conversión familiar. Además, despertó la solidaridad y el sentido del servicio. Se pudo entrar en la espiritualidad de la comunión. Los núcleos sectoriales empezaron su organización, vinculación, participación, comunión y constitución a nivel de comunidad.

Como experiencias significativas de la Misión Jubilar sobresale el despertar del sentido de pertenencia a la Iglesia católica, la importancia de los sacramentos, el dinamismo de la liturgia, la visión de la Iglesia que busca la formación de las familias en la fe, el rescate de la oración, el compromiso por la Evangelización, la ayuda al más necesitado y la participación activa de la comunidad parroquial.

En este mismo proceso (2001 al 2006) se fue dando la experiencia de comunión como lo ha expresado la V Conferencia Latinoamericana: “para favorecer la comunión y evaluar la misión, Jesús les pide: “vengan ustedes solos a un lugar deshabitado, para descansar un poco” (Mc. 6, 31-32)”. Hoy más que nunca “el encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera” (DA 154).

Es la comunión lo que ha permitido experimentar el amor de Dios que crea comunidad abierta y solidaridad para los nuevos discípulos misioneros del Señor. Por tanto, se desarrolló como didáctica el valor de la Espiritualidad de la comunión, es decir, que “se centra en la comunión con Dios, compartida entre los creyentes y en la que se integra la realidad creada. Es la vida de Dios a la que participamos y compartimos en el Espíritu que nos ha sido dado” (Diócesis de Ocaña, 2001, p. 38).

El gran logro de esta etapa del kerigma en la formación inicial y permanente del Pueblo de Dios, fue el de poder sensibilizar “al sentido de la Iglesia-comunión, es decir a las diversas maneras de vivir y entender la comunión, desde una perspectiva más antropológica, pasando por su sentido amplio como valor del Reino de Dios y desde su expresión eclesial a través de las imágenes bíblicas hasta sus diversas modalidades en la vida eclesial” (Diócesis de Ocaña, 2001, p. 38).

Finalizando este primer proceso del camino formativo se celebró la acción significativa la semana de la fraternidad. Esta semana contó con un material previamente organizado que se entregaba a cada grupo de las parroquias para el respectivo desarrollo. Se conformaron los pequeños grupos de familias con los cuales se inició la etapa pre-catecumenal.

1.10.2 Segundo período: Pre-Catecumenado

El primer proceso de este caminar discipular desvela el esfuerzo iniciado por los discípulos que peregrinan en la Diócesis por colocar “los fundamentos del edificio” que ayuden en la reconstrucción y consolidación del itinerario formativo tanto inicial como permanente “en todas sus partes” (Cappellaro, 1999, p. 236). Por tanto, el proceso está enmarcado en la Misión continental con la que empieza la segunda etapa **pre-catecumenado** (2007- 2009) que lleva a la

PROFUNDIZACIÓN en el mensaje evangélico, orientada a la profesión de fe en Cristo.

Este segundo paso dentro del camino discipular “se apoya sobre tres pilares, tres fases del proceso evangelizador: el descubrimiento de la Biblia como Palabra de Dios, el redescubrimiento de la fe como actitud de vida y el redescubrimiento de Cristo y su misterio” (López, 2011, p. 36).

Es una experiencia de formación para el pueblo de Dios en la realidad concreta de la Diócesis de Ocaña, en que “el poder del Espíritu y de la Palabra contagia a las personas y las lleva a escuchar a Jesucristo, a creer en Él como su salvador, a reconocerlo como quién da pleno significado a su vida y a seguir sus pasos” (DA 279).

La Palabra de Dios jugó un papel predominante en el itinerario formativo de los discípulos misioneros, porque con ella, se profundizó y se dinamizó la formación bíblica, a través de escuelas parroquiales, en las cuales se están dando permanentemente el encuentro del discípulo con Jesús, a través de la Sagrada Escritura que es leída, meditada, orada y contemplada por la comunidad en general.

El camino de redescubrimiento de la Palabra de Dios como acción inicial y permanente de encuentro con Jesús, permite que el discípulo se apropie de su tarea de apóstol del Señor y comienza de esta manera un “camino de auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad” (DA 248) con todo el Pueblo de Dios.

La experiencia de encuentro con Jesús a través de la Palabra ha llevado al discípulo de Cristo a tener una experiencia de fe más profunda y más radical, en el sentido de que redescubre la misión de poder comunicar esta fe con el testimonio de vida.

Es así que la Iglesia particular de la Diócesis de Ocaña, ha venido desarrollando en el itinerario formativo (2010-2011) la temática de la fe como encuentro con Jesucristo Vivo a través del desarrollo de los temas: Kerigma, el Espíritu Santo, Evangelización, conversión y discipulado como exigencias de la fe.

Se desarrollaron tres catequesis para la formación durante el 2010, y tenemos, la catequesis “Abran las puertas a Cristo”, con los valores como el Diálogo, la cercanía, el anuncio y el discernimiento. Segunda catequesis en este itinerario “Abran las puertas de la Iglesia”, con los valores: Comunión, docilidad, entrega y diversidad. Y última catequesis “Abran las puertas a los hermanos”, con los valores de santidad, encuentro evangelización y conversión.

Durante el año 2011 se ha venido desarrollando el tema de la conversión en que el discípulo del Señor Jesús va “cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida” (DA 278).

Para llegar a la experiencia más madura de conversión y de discipulado, se generó en el proceso formativo a nivel de Diócesis una temática en que se desarrollaron los siguientes elementos: intimidad, fe, misericordia, conversión, formación, comunión, misión, solidaridad, fraternidad y vocación a la santidad.

Finalmente, se ha generado a nivel diocesano, la credibilidad por parte de la gente, la oración de las comunidades, el aporte de los medios de comunicación que han estado disponibles para la comunicación del evangelio, se han dado muchas posibilidades para la formación inicial y permanente de los laicos, se han celebrado como acontecimientos de encuentro con el Señor Jesús las fiestas diocesanas como tiempo propicio para la reconciliación y la experiencia Mariana que es muy fuerte y arraigada en la Diócesis de Ocaña.

En continuidad con este proyecto Diocesano de renovación y Evangelización PDRE, quiero apoyar estos procesos de formación del discípulo de Cristo, tanto iniciales como permanentes comenzados en la Diócesis de Ocaña, a través de la fundamentación de los elementos fundantes del proyecto de vida y la articulación de los elementos propuestos para hacer un instrumento válido de él y que será propuesto en los siguientes capítulos de dicho trabajo de investigación.

CONCLUSIÓN

Durante este primer capítulo de reconstrucción del camino de formación se puede concluir que:

La Diócesis de Ocaña, que peregrina en la historia desde 1962 hasta el 2011 ha emprendido la tarea de anunciar la buena nueva del Señor Jesús a través de los diversos areópagos culturales diversificados por diversos contextos sociales que influyen en la tarea de la formación inicial y permanente del discípulo del Señor Jesús.

Por tanto, a diversas realidades la Iglesia siente la responsabilidad de responder a la misión conferida por el Señor Jesús. Y esta respuesta se empieza a dar desde “el anuncio del Kerigma que invita a tomar conciencia del amor vivificador de Dios que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado. Esto es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar” (DA 348).

Esta reconstrucción del camino formativo a los discípulos de la Diócesis de Ocaña permite gestar nuevos retos para impulsar y dinamizar el encuentro-seguimiento con el divino maestro. Es así, que dentro de la Diócesis de Ocaña se ha dado en primer lugar él logró de convocar y crear los lugares de formación de los nuevos discípulos del Señor.

De igual manera, se fueron creando las instituciones educativas y religiosas en el mismo proceso de formación discipular. Y estos lugares de encuentro con el Señor son las parroquias, las instituciones formativas, entre estas el seminario menor el “dulce nombre, la casa de retiros Villa María, al igual que se contó con el apoyo de las comunidades religiosas tanto femeninas como masculinas.

El segundo elemento que encontramos en el proceso formativo de la Diócesis es que se implementan los proyectos y planes de pastoral. Y dentro de los proyectos y planes de pastoral se efectúan “los cursillos de cristiandad” situándose “en el proyecto de Agentes Laicos de Pastoral como instrumento de formación básica” (Pineda, 2002, p. 110). Al igual surgen los proyectos: de Diaconado permanente y ministerios laicales en la línea de la formación doctrinal. También son significativas las misiones, buscando con ello comunidades evangelizadas, evangelizadoras y participativas.

Finalmente, como tercer elemento en este proceso de formación de los discípulos se aceptó el Proyecto Diocesano de Renovación y Evangelización (PDR/E). Dentro del proyecto se fortalecen, se dinamizan cinco niveles: pastoral comunitaria, pastoral sectorial, servicios pastorales, pastoral ministerial y las estructuras pastorales.

La formación se hace continua a través de un material que se elabora a partir de cada una de las etapas con sus diversas fases y valores dentro de la misma. Es muy importante resaltar que se ha organizado la escuela de formación, propiciando la experiencia profunda de fe como encuentro personal con Jesucristo vivo, en un proceso de conversión y discipulado como exigencias mismas de la fe.

Aparecida nos ha hablado de los aspectos fundamentales del proceso de formación de los discípulos misioneros y que de hecho han aparecido en la reconstrucción de este camino discipular como son: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión (Cf. DA 278).

Pero también se logra esbozar que la Iglesia Diocesana de Ocaña ha venido progresivamente haciendo camino a través de los proyectos de pastoral, de la organización y creación de los niveles de pastoral, de la consolidación de las estructuras, y de la animación inicial y permanente de la formación en sus diversas dimensiones humana y comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera.

Finalmente, este primer capítulo de reconstrucción me ha permitido tener el contexto del camino de la formación inicial y permanente de los discípulos de la Diócesis de Ocaña, con el fin de poder fundamentar y articular los elementos que nacen de la experiencia fundante y que me llevan a consolidar un proyecto de vida.

CAPÍTULO II

LA EXPERIENCIA FUNDANTE EN EL PROCESO FORMATIVO DE LOS DISCÍPULOS DEL SEÑOR: EXPLICITACIÓN DE SUS ELEMENTOS ARTICULADORES

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En el primer capítulo se ha presentado la reconstrucción del camino de formación inicial y permanente del discípulo en la Diócesis de Ocaña; desde la fundación hasta hoy. Esto permitió ver que el camino discipular en la realidad concreta, exige nuevas propuestas que ayuden a un encuentro-seguimiento más vital con el Señor Jesús. Es así que dentro del itinerario formativo que siempre es dinámico, se inscribe este segundo capítulo con el deseo de presentar los elementos de la experiencia fundante que integran el proyecto personal de vida.

Aparecida ha dicho que “desde el principio, los discípulos habían sido formados por Jesús en el Espíritu Santo” (DA 152), de manera que es necesario para el que se hace discípulo del Señor, continuar en la tarea inicial y permanente de formación que le ayude con nuevas pedagogías de encuentro a una relación más madura y profunda con el Señor de la Vida.

Es bien sabido que la “formación es un proceso interno en el que un sujeto determinado, sintiendo que ha recibido un don especial de Dios, toma conciencia de él y se responsabiliza de su crecimiento con la ayuda de la Iglesia y mediatizado por muchas variables psicosociales” (Prada, 2007, p. 51). Además la formación inicial busca no solamente “convertir a la persona en no sólo dócil, sino “docible”, disponible en inteligencia y obras a dejarse formar toda la vida desde la vida” (Cencini, 2007, p. 12).

Desde el comienzo esta formación debe llevar al discípulo a entender su vocación como un proceso de dar “respuesta cristiana al problema de la vida”

(Rubio, 2005, p. 579). Es decir, un ser humano con sed constante de encontrar respuestas sobre su vida, llega a ahondar en lo más profundo de su ser y descubre uno o varios sentidos que dinamizan su proyectualidad en la historia y en el mundo. Esto debe dinamizar la vida del discípulo de tal manera que sea garante y autor de su propio proyecto de vida.

2.1 EXPERIENCIA FUNDANTE

2.1.1 ¿En qué sentido?

El término “experiencia fundante” ha sido acuñado por Javier Garrido en el libro “Proceso humano y Gracia de Dios”, y es entendida desde lo “teologal, es decir, que realiza el encuentro entre Dios y el hombre en cuanto auto-comunicación de Dios al hombre” (1996, p. 284). Es el momento en que lo teologal adquiere protagonismo en el proceso de transformación espiritual.

Es este encuentro personal-comunitario lo que se asume como fundante. Así este encuentro es un “nuevo nacimiento”, una gestación. Esta dimensión la podemos ver mejor en el encuentro y diálogo de Jesús con Nicodemo cuando Jesús le dice: “No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo” (Jn. 3,7). Es por tanto, un proceso de conversión, que nace como periodo fundacional en la fe de todo bautizado; pero que al mismo tiempo se prolonga en un proceso de formación en toda la vida.

Entendemos que la experiencia fundante tiene que ver con el proceso de conversión. Y que “el centro vital del proceso de transformación se da en el cambio de conciencia: la vida y el propio ser se perciben como gracia”, por tanto, “la experiencia fundante de la fe es el quicio de la existencia” (Garrido, 1996, p. 284). Y es desde la fe, donde “se convierte en fuente originaria de sentido, fundamenta la persona, ilumina su ser y su mundo, desata definitivamente su libertad y le da

una esperanza que va más allá de los límites de su finitud” (Jiménez, 2001, p. 103).

Encontrar y Seguir a Jesús, es la experiencia de haber sido alcanzado por Dios que toma siempre la iniciativa de llegar a la realidad del hombre, para que este encuentre sentido a su propia existencia y por ende, tenga un nuevo nacimiento. Esta experiencia “determina un nuevo horizonte de existencia, el teologal, suscitando la vida nueva, la de Dios con nosotros al modo de Dios” (Garrido, 1996, p. 284).

De esta manera, la experiencia fundante es comprendida como la experiencia personal con el Señor que lleva a tener una profunda convicción en lo que se cree, en lo que se vive y en lo que se ama. Al mismo tiempo se enraíza en lo más profundo de la afectividad posibilitando delinear la vida misma hacia un sentido.

“La auténtica experiencia fundante es dinámica, es inspiradora” (Uriarte, 1999, p. 66). Y siendo de carácter religioso, permite dar “un sentido global no sólo al individuo como tal, sino a todo lo que le rodea: personas, mundo, historia, universo, pasado, presente y futuro”; es por tanto, una experiencia en el amor de Dios que se revela en el Señor Jesús por la fuerza del Espíritu Santo.

2.1.2. ¿Por qué hablar de ella?

Hablo de la experiencia fundante en cuanto que es fundamental para el proceso de todo discípulo que quiere configurarse con su divino Maestro y que debe llegar a tener “los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Filp. 2, 5). Así pues, no es posible que un discípulo de Cristo llegue a tener una personalidad bien estructurada, sin que haya hecho de ese encuentro una experiencia fundante, sentido y proyecto de la vida personal y social.

En el documento de Aparecida ha señalado el Papa Benedicto XVI que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DA 116), por tanto, subraya el mismo documento que la naturaleza del cristianismo, es la experiencia de reconocer la presencia y la asistencia de Jesucristo y de seguirlo.

Es así que el reconocer y seguir al divino Maestro, como lo hacen los discípulos de Juan el Bautista, cuando este señala a Jesús como el “Cordero de Dios” (Cf. Jn. 1, 36), es lo que se considera hacer de ese encuentro una experiencia fundante; vivencia de los primeros discípulos, que se dejaron fascinar por Jesús que excepcionalmente les hablaba y les trataba, correspondiendo al hambre y sed de sentido de vida que había en sus corazones.

Por tanto, en Jesús se ha dado la revelación definitiva e insuperable del misterio de Dios, ya que “en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo” (Hb. 1, 2). De manera, que la vida cristiana debe consistir en la adhesión personal y comunitaria, de la fe que lleve a creer en Jesús, el Cristo, y hacer que la vida misma lo tenga a él como fundamento del encuentro y seguimiento permanente.

2.1.3 ¿Cómo se da? ¿Y cómo se propicia?

En este proceso de la experiencia fundante se dan tres formas básicamente: “la justificación por la fe que libera de la ley, el primado de la voluntad de Dios y el encuentro con Jesús, el Señor; pero todas tienen el mismo núcleo: la autonomía (el ser en sí) de la persona ha encontrado su fuente de ser más allá de sí, en el amor primero, fundante, creador y redentor; la existencia es gracia y consiste en entregarse confiadamente a la iniciativa de Dios” (Garrido, 1996, p. 285).

2.1.3.1 Desde lo teologal:

Hay un paso que se da en esta experiencia y es de lo natural a lo sobrenatural, de lo humano a lo divino. Y aquí entran en juego las virtudes teologales que tienen como fundamento y razón de ser, que son sobrenaturales y que por tanto, como puro don de Dios al hombre debe tener una “acogida confiada (fe), esperanza y proyecto (esperanza), encuentro y unión (amor)”.

Este don divino que recibe todo discípulo del Señor, tiene siempre como referencia en el NT: “la persona de Jesús (su vida, mensaje, actividad, muerte y resurrección) y la existencia humana (el discípulo, la comunidad cristiana) que surge del acontecimiento pascual y que el Espíritu Santo realiza en el entretiempp” (Garrido, 1996, p. 285).

La experiencia teologal crece de día en día en el discípulo, de manera emergente generando cada vez más esa experiencia fundante. Sin olvidar que al comienzo de esta experiencia, todo discípulo ha sido marcado por una serie de necesidades que desea satisfacer en el encuentro-seguimiento del Señor Jesús, pero que a medida que vive la experiencia del amor fundante, el discípulo se encontrará girando a un entorno vital que es el mismo Dios y que por ende, lo llevará a tomar su sentido de vida como gracia o donación de sí para sus hermanos.

Así mismo, esta experiencia fundante en la emergencia de lo teologal “suele darse, como la verdadera conversión”, como un verdadero cambio de mente y corazón, y que se da precisamente “en el momento de crisis, cuando la persona lucha entre sus deseos y sus impotencias, entre el proceso psicoafectivo y su cuestionamiento existencial” (Garrido, 1996, p. 287).

2.1.3.2 Desde el proceso en la condición humana y en la experiencia del mal:

Actitud de integración: Se había dicho que la experiencia teologal presupone el salto de lo natural a lo sobrenatural, sin embargo, en este paso de auto-trascendencia a la Gracia está la experiencia del mal radical (pecado), que se debe integrar en todo proceso discipular, ya que el mal mismo revela la grandeza y la miseria del hombre, por tanto, esta experiencia humana de la plenitud-felicidad sólo será real cuando se haga la integración con la experiencia del mal. Se requiere entonces, de un equilibrio entre el sentido de culpa y una sana capacidad de vivir el perdón, ya que será indispensable para poder integrar el mal en la propia vida.

Actitud positiva: Ante tal experiencia real del mal estamos llamados cómo discípulos a darnos cuenta de que la existencia humana en sí misma aparece abocada al sinsentido. Para que la persona pueda tener la real experiencia fundante propiciada por la Gracia, debe asumir sanamente la tensión entre la frustración que produce el mal y el deseo de una felicidad superior. Esto se da en la interioridad y en la experiencia general de sentido.

Por tanto, no lograremos percibir la Gracia como fundamento de la existencia personal, sin haber percibido antes la experiencia radical del mal, esto conduce a la verdad de que el ser humano es incapaz de llegar a Dios como lo ha dicho San Pablo: “Realmente, no comprendo mi proceder, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. ¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?” (Rm. 7, 15.24).

Existencia confiada: Ante esta incapacidad ante el mal, el hombre debe vivir la justificación por la fe que es acoger la buena noticia del amor inmerecido de Dios, ya que por su gracia somos justificados. Entonces el hombre debe confiar en Dios, es Él, el que obra el querer y el actuar. Es Él el que dirige las acciones del

cosmos, del mundo y del hombre. Pero, aunque todo es Gracia de Dios, requiere siempre la respuesta del hombre en su libertad.

Libertad¹ liberada: Dios adviene a nuestra historia personal desde su amor entrañable y respetando nuestra libertad humana (Cf. Jiménez, 2001, p. 116). De razón, que es prioritario, responder en la libertad y responsabilidad a la voluntad de Dios, que da sentido a nuestra existencia.

En este camino de libertad en la responsabilidad, se debe “educar para la autonomía”, ya que “la búsqueda de autonomía, me puede iluminar sobre las cosas que debo liberarme (coacciones, miedos, agresividades caprichos...) y sobre aquello a lo que debo vincularme y también someterme (como el respeto, el amor, el compromiso...)” (Jiménez, 2001, p. 112).

Por tanto, en búsqueda de una libertad liberada y sabiendo que la libertad en sí misma tiene muchos niveles, se hace necesario saber que lo “propio de la experiencia fundante es el que alcanza la síntesis de contrarios entre autonomía y desapropiación del yo” (Garrido, 1996, p. 309). En fin, es el amor de Dios el que va liberando al hombre interiormente y lo hace responsable, abriéndolo a la obediencia del amor.

Obediencia de amor: Se entiende por lo cual que “el primado que adquiere, a nivel de deseo y de proyecto, la voluntad de Dios” es “un rasgo esencial de la experiencia fundante”. Se habla de “deseo, en cuanto obediencia de amor; de proyecto, en cuanto entrega incondicional a lo que Dios quiera” (Garrido, 1996, p. 312).

¹ “La libertad radica, por tanto, en esa capacidad del ser humano en conseguir un mayor dominio sobre esos elementos que no están todavía bajo el dominio de su querer; en recuperar esas zonas que actúan al margen de su control. Es un proceso largo y costoso que no termina nunca con un triunfo completo y definitivo, pero que posibilita una dosis mayor de autonomía frente a las condiciones que nos amenazan” (Alarcos, 2009, p. 194). Sin embargo, hablo de libertad en cuanto a responsabilidad de respuesta y elección a la voluntad de Dios. “En la respuesta a la Libertad absoluta, la libertad humana realiza, en el sentido de la máxima perseguidad, la esencia de su responsabilidad total” (Rubio, 2005, p. 613).

Es así, que todo discípulo debe estar fundamentado en la obediencia a Dios, por que ha descubierto un amor mucho mayor, que como misterio abarca todas las realidades humanas, haciéndolo en el cumplimiento de su voluntad más persona. Por tanto, la vida cristiana es oración, acción, pasión, que se traduce en la obediencia de amor.

2.1.4 Elementos: Encuentro – Alteridad y Sentido en relación con el Señor Jesús

Los elementos que hacen parte de la experiencia fundante y que llevan a la persona a descubrir el sentido en su vida en la experiencia de ser llamados por el Señor Jesús, son: el encuentro como experiencia fundante, la alteridad: encuentro hacia el Otro, en busca de sentido, la vocación y la fe como clave de sentido.

2.1.4.1 Encuentro como experiencia fundante

Es entendida la experiencia cristiana como la experiencia que se recibe del encuentro con Dios. Y sólo la experiencia del encuentro de un Amor mucho mayor o fundante, podrá llevar a la persona desde la interioridad a un proceso de transformación, es decir a descubrir un nuevo sentido en el proyecto de vida.

El encuentro se da en la medida en que Dios se manifiesta al hombre, como realidad de amor que lo abarca y que de igual manera, ha de ser percibido como Otro y que por ende es máximamente un Tú.

En la experiencia de encuentro de Dios con el hombre, se podría hablar de dos maneras; “las asimétricas en que la relación con Dios se estructura sobre el esquema desigual de criatura-Creador o hijo-Padre, y las simétricas, en que el encuentro con Dios se realiza en la humanidad de Jesús: discípulo-Maestro, amante-Amado” (Garrido, 1996, p. 315).

Finalmente, el encuentro con Dios nos lleva como “consecuencia a un encuentro consigo mismo, porque se descubre a Dios como la verdad, como la luz que ilumina mi interioridad, mi corazón y mi misterio” (Jiménez, 2001, p. 117). Esto ha de permitir el poder adentrarse, sobre lo que significa el tener un sentido de vida en la experiencia fundante del encuentro con el Señor Jesús, no sin antes analizar que el ser se realiza en cuanto que está abierto para el Otro, es decir desde la alteridad.

2.1.4.2 Alteridad. Encuentro hacia el Otro

El gran pensador de la alteridad ha sido el filósofo Levinas, quien dice que: la “alteridad exige que el yo salga de sí mismo, que rompa el esquema de subjetividad, que respete la alteridad como tal” (Sanabria, 1994, p. 469). La “expresión más significativa” está “en la corporalidad, especialmente en el rostro de los otros” (Alarcos, 2009, p. 230).

Así pues, “la exterioridad de mi corporeidad” es la que “indica la forma de situarme en el mundo”. Y en razón a que la persona tiene un cuerpo lo lleva a ser percibido por todos. Pero además “hay una parte de este cuerpo que tiene un valor simbólico y que es el rostro”. Y este “rostro” es el que indica “que cada persona tiene un valor infinito, no manipulable ni reducible a proyecto humano ninguno” (Alarcos, 2009, p. 240).

Sin embargo, “nos reconocemos en nuestra mismidad cuando, saliendo de nosotros mismos, somos mirados y reconocidos en el rostro de los otros” (Alarcos, 2009, p. 241). “De esta manera, se abre paso a una relacionalidad basada en el amor que salva de la soledad más profunda al hombre, que rompe toda pretensión de objetivación del otro, ya que la alteridad se ofrece como pura evidencia en el rostro de cada persona” (Alarcos, 2009, p. 242). Por tanto, el enfrentarse al rostro del otro es ya encuentro, donde el mismo Dios se revela de hecho como otro yo, que interpela al ser humano.

“El rostro pone en relación con el ser y abre la puerta a lo divino, más concreto al Otro”. Hay un “reclamo del rostro de Dios como posibilidad de vida abundante para el hombre: “Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro” (Sal. 26,8) (Alarcos, 2009, p. 242). “La alteridad es condición de posibilidad de mi propia y más auténtica identidad, mi propia y más auténtica construcción personal” (Alarcos, 2009, p. 244)

2.1.4.3 En busca de sentido

En este salir de sí –desde la alteridad- hacia el Otro, juega un papel importante el sentido de vida. Entendido este como la posibilidad de encontrar una razón de ser a lo que hacemos, vivimos y proyectamos. Y esta pregunta, sobre el sentido se hace cuando el hombre se “constata que es un-ser-situado-en-el-mundo junto con sus semejantes y es estimulado esencialmente por la red de las necesidades estructurales de la corporeidad y por el horizonte de los deseos espirituales que lo proyectan en la esfera de los valores y de los ideales” (Rubio, 2005, p. 1025).

Es por tanto natural que en la conciencia de cada hombre y mujer surjan las preguntas “¿Quién soy yo? Y ¿Qué sentido tiene mi vida? La hondura de sus respuestas hace que la misma persona se vuelque hacia otros interrogantes que tocan la médula de su existencia como: ¿Qué he hecho de mi vida? ¿Qué voy a hacer con ella? ¿Me siento satisfecho de lo que soy y de lo que hago?” (Meza & Arango, 2008, p. 23).

Estos grandes interrogantes apuntan a la capacidad que tiene el ser humano no sólo de “preguntarse por el sentido de la vida, sino que es también propio del hombre someter a crítica este sentido”. “El sentido no puede darse, sino que debe descubrirse”. “El sentido debe descubrirse, pero no puede inventarse”. Y

este “sentido no sólo debe sino que también puede encontrarse” (Frank, 2003, pp. 28-31).

Así “el hombre no puede vivir sin dar un sentido a su existencia, sin dar un significado a lo que hace, a lo que siente, a lo que quiere” (Pascual, 2002, p. 348). Como lo expresa Viktor Frank: el “sentido es el significado que le da, sea una persona que me hace una pregunta o una situación que me hace una pregunta que demanda una respuesta” (Pascual, 2005, p. 65).

Es entonces, el hombre el responsable de dar una respuesta a los cuestionamientos que le hace el Otro y la vida. El sentido como bien lo entendemos “debe ser hallado más que otorgado, descubierto más que inventado” (Pascual, 2005, p. 65).

Al ser interrogado el hombre por la vida, en esa búsqueda constante de sentido, le lleva a situarse como un ser responsable de sí mismo, permitiendo objetivamente entender la vida “como una misión y una tarea”, llevándole de esta manera, a encontrar respuestas a lo que ella plantea y cumplirlas de tal modo que de sentido a la existencia humana; si no se asume esa responsabilidad, la persona será presa del conformismo, del sin sentido, del “vacío existencial o a la pérdida de la significación de su vida” (Alarcos, 2009, p. 93).

En razón a esto, se ha de decir que la vida merece vivirse y por tanto, encuentra su significación en la medida en que se abra a su propia autenticidad y a los otros. “Es una característica de la existencia humana el trascenderse a sí misma, que se oriente a algo distinto de sí misma” (Frank, 2005, p. 59). Sólo cuando se es capaz de arriesgar a perder algo de la vida misma se encuentra aquello que se está buscando. Y el Yo humano se trasciende cuando sale de su egoísmo y se pone a disposición de un Tú.

La pregunta de Jesús a los discípulos denota un cuestionamiento, y que se responde desde el seguimiento “¿Qué buscáis? Ellos le respondieron: <<Rabbí – que quiere decir ‘Maestro’-, ¿dónde vives?>> Les respondió: <<Venid y lo veréis>>” (Jn. 1, 38-39). Por tanto, en el proceso de encuentro-seguimiento del discípulo que quiere hacer la experiencia de amor con el señor Jesús, lo llevará a responder a estos interrogantes sobre el sentido y a forjarse a sí mismo un proyecto de vida que dé razón de ser a su vocación cristiana, se habla por tanto de proyecto fundante porque nace del encuentro.

2.1.4.4. La vocación²

Es en el proceso de llamada (“Instituyó Doce, para que estuvieran con él” Mc. 3, 14) donde el hombre encuentra respuesta a los interrogantes sobre el qué y quehacer de la vida. De manera, que “una vida sin vocación será una vida sin sentido” (Álvarez, 1972, p. 5).

Es así, que el hombre busca entender el sentido de su vida, de su acción en el mundo y de su realidad frente a la muerte. Y sólo puede responder a estos grandes interrogantes Dios, porque es él en definitiva el que da respuesta a las aspiraciones más profundas del corazón humano.

Por tanto, “el que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre” (Álvarez, 1972, p. 30). “El hombre debe considerar el valor histórico, en el sentido de que al vivir va construyendo su propia historia” (Álvarez, 1972, p. 92). Y esta experiencia sólo se hace desde la fe y de la vida que da sentido al que se siente llamado respondiendo a la inquietud de Dios para seguirle.

² Esta “fundado intrínsecamente sobre el acto expreso del verbo vocare, llamar, que, en cuanto tal, supone alguien que llama y alguien que es llamado. Por eso, si toda vocación en sentido activo es de Dios, en sentido terminativo es vocación de la persona llamada” (Rubio, 2005, p. 1148).

2.1.4.5. La fe como clave de sentido.

Es en razón de la vida creyente que como opción de vida y opción de fe, responde al deseo de sentido de vida que hay en cada uno de los seres humanos, ya que cómo seres abiertos a lo infinito, sólo lo infinito podrá colmar la sed de vacío que hay en cada corazón.

Esta “fe en el último sentido es precedida por creer en un último ser, creer en Dios. El hombre no puede traspasar la diferencia dimensional entre el mundo humano y el divino, pero puede alcanzar el sentido último a través de la fe, que es mediatizada por la creencia en el último ser” (Frank, 2005, p. 142).

Además, la experiencia de fe, no consiste, solamente en el creer por el creer sino que es realidad abierta hacia los otros, como ya se ha dicho, en que se fundamenta una vida con sentido en busca de una construcción personal hacia un proyecto de vida. Anclado en el deseo de transformación, de madurez de crecimiento hacia la vida plena es decir: “la experiencia de la resurrección ha de vivirse desde la vida presente” (Meza & Arango, 2008, p. 35).

Constantemente el hombre es un buscador de sentido y que lo haya en la medida en que se abra y se deje sorprender por el absoluto, lo inefable y lo trascendente. El misterio de una vida con sentido está en la capacidad entonces de abandono en aquel que lo ha creado por amor, disponible como vocación al servicio del amor, con la esperanza cierta de que en esa “proexistencia” está la razón última de la existencia.

“No son pocos los hombres y mujeres creyentes que están en búsqueda del sentido de su vida emanado por la fe” (Meza & Arango, 2008, p. 17). Es aquí donde se hace la experiencia de buscar y encontrar el verdadero sentido de vida, de todos los seres humanos, pero que primordialmente implica al que es discípulo

de Cristo cuando este sale de sí, y se pone por entero en confianza y disponibilidad en las manos de Dios que sale al Encuentro de la vida misma dando significado y sentido a toda su existencia, abriéndolo por ende a un proyecto de vida fundante.

Es así, que el discípulo encuentra razones para tener una vida feliz, no estática sino que se va haciendo en la apertura hacia el misterio, ya que este ni se agota ni se puede agotar, y de esta manera se descubre a Dios mismo que es “la Vida en abundancia” (Cf. Jn. 10, 10), Él es la plenitud del ser humano, “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn. 14, 6).

Sólo en razón del encuentro y seguimiento de Jesús el Señor, en el que hace camino todo discípulo puede madurar la auténtica vida cristiana. Y en este dinamismo, el cristiano debe forjar su proyecto de tal manera que se llegue a la madurez de una fe viva y adulta, que haga de su caminar cristiano un proyecto de felicidad y que lo construya cada día.

2. 2 EL PROYECTO DE VIDA

El Discípulo descubre en la búsqueda de sentido, desde la llamada que le ha hecho Jesús, su vida como proyecto que le permite optar con libertad y responsabilidad en la tarea de ser garante ante el mundo de la experiencia de amor fundante a la que ha sido convocado y que se presenta como un itinerario de formación permanente en la escuela de Jesús para tener los mismos sentimientos de Cristo el Señor. Aquí pues exponemos lo que concierne al Proyecto de vida.

2.2.1 ¿Qué es?

Se entiende que el Proyecto Personal de Vida es la persona misma en la que actúan sus valores “como el núcleo unificador en torno al cual se construye la propia personalidad, asumiendo la responsabilidad sobre uno mismo” (Rubio, 2005, p. 955). Es una realidad de “libertad auto-propiada”, en el que el ser

humano, se descubre forjador de su destino, potencializado como un proyecto que da sentido a la vida misma. “Nuestro destino está en nuestras manos porque Dios lo ha puesto en ellas” (Rubio, 2005, p. 955).

Por tanto, el Proyecto Personal de vida “es un medio para impulsar y unificar el proceso de autoformación y maduración del creyente” (Álvarez, 1972, p. 235). “El proyecto personal, responde a la pedagogía de la persona en proceso” (Garrido, 1996, p. 552). “Parte desde la transformación de la persona desde dentro” (Garrido, 1996, p. 553), que lo lleva a configurar su vida creyente con la de Cristo el Señor.

De manera, que el Proyecto de Vida se ha de definir como lo expresa Sovereign como “una intuición que anticipa el desarrollo futuro, una hipótesis, un interrogante, una invitación, y sobre todo un sentido que hay que dar a la propia vida, un esbozo de respuesta a dar a las grandes preguntas de la existencia: ¿Por qué he venido al mundo? ¿Qué sentido tiene vivir y morir? ¿Qué sentido tiene el universo que está a mí alrededor? ¿Seremos o no seremos capaces de superar las crisis recurrentes?” (Rubio, 2005, p. 955)

2.2.2 Realidad fundamental

Ante la compleja realidad que envuelve al cristiano de hoy, ante la paradoja actual³, con la pérdida de significado y con ella el sentido de vida, se hace más notorio para el discípulo un proyecto de vida que haga posible y admisible la experiencia de encuentro fundante con Jesús.

³“El término de cultura posmoderna, a pesar de su carácter discutido, designa la cultura hoy dominante en Occidente y en aquellos amplios territorios, con frecuencia alejados del núcleo europeo, donde la influencia de ésta se ha extendido. El prefijo <<pos>> indica que nos hallamos en los estertores de lo que significó la cultura moderna, llamada también, simplemente, <<modernidad>>, y forjada... a partir del Renacimiento. Nos hallamos ante un cambio de paradigma cultural y, por consiguiente, ante un nuevo paradigma antropológico; en definitiva, ante una concepción diferente del hombre y de sus relaciones con el tiempo y el medio, así como lo humano” (Bustos, 2009, p. 11)

Es verdad que “la transformación cultural que estamos viviendo afecta notablemente a la Iglesia” (Uriarte, et al. 2010, p. 17), sin embargo, presenta nuevos desafíos para el caminar del cristiano, ya que exige nuevos retos y nuevas maneras de pensar la existencia y en concreto el proceso de ser persona.

Dentro de esta compleja realidad se inscribe el proyecto de vida, comprendiendo sus tres presupuestos: visión antropológica, visión pedagógica y una visión cristiana, que ayudan al hombre de hoy a darle un sentido a su vocación de ser en el mundo, llamado a una tarea o misión de estar abiertos hacia sí mismo, hacia los otros y hacia Dios, meta última del ser humano.

Una Antropología: Desde el presupuesto antropológico, el hombre es presentado como “ser en proyecto, llamado a realizarse” (Álvarez, 1972, p. 235), sujeto a su propia realización y de su propia transformación. El Proyecto personal de vida parte de la visión antropológica ya que es la base en la que el hombre se descubre como un ser en sociedad, que tiene unas necesidades de realizarse como persona, con un pasado, con un presente y un futuro por construir.

Una pedagogía: De hecho para hacer posible este proyecto de vida se requiere ante todo, tener una hoja de ruta o caminos que vienen a demarcar el proceso del discípulo, y en consonancia se requiere entonces de una pedagogía que lleve a construir un ideal de vida. En definitiva, “es un proceso educativo que se ubica entre el ser y el deber ser” (Álvarez, 1972, p. 235); como realidad personalizada.

Una visión cristiana: El hombre debe partir de que es un ser en sociedad desde su visión antropológica que es la plataforma de donde dimana como proyecto personal de vida, y al descubrirse como un ser situado en sociedad surge las necesidades para su sentido de vida que le hace necesitar ciertos caminos o pedagogías que guíen la experiencia de búsqueda que le llevan hacia el ¿dónde

llegar? y es aquí donde surge la visión cristiana, como ideal de vida que es Jesucristo el Señor.

Esta integra los elementos de vocación, como llamada que exige una respuesta; un seguimiento de Cristo, que llama a la conversión y confrontación con el Evangelio; pedagogía que conduce a la maduración de la fe; y el discernimiento, que lleva a optar por un plan y un proyecto, “que es en primer lugar el de Dios y también lo que cada uno, por su libertad, elige para sí mismo” (Álvarez, 1972, p. 236).

2.2.3 Propósitos

Dentro del proyecto de vida se van articulando algunos elementos o propósitos, como “clave eficaz dentro del proceso” (Meza & Arango, 2008, p. 42) de configuración del discípulo que permita ayudar a tomar con más radicalidad la experiencia de vida con el Señor. Se hace necesario un propósito en el presente, uno para el futuro y uno desde el pasado.

Un propósito en el presente: En el presente, el discípulo se ubica dentro del contexto de su propia identidad como persona construida y estructurada, y en el que parten como principio unificador de todas las realidades y aspiraciones que tiene como ser humano, abierto a construir el proyecto de vida.

Como punto inicial de este proyecto, se ha de reconocer el propio yo, con su complejos y potencialidades, es decir debe ser consciente de su ser en el mundo que está condicionado y al mismo tiempo abierto por una serie de factores que demandan ser discernidos para proyectarnos hacia el ideal de vida.

El propósito en él nos lleva a estar abiertos hacia los otros y el Otro, que me interpelan y me llevan a vivir cada momento como tiempo que me pertenece, es decir, realidad consciente, que debo asumir como “oportunidad que no vuelve y,

por tanto, le exige a la persona situarse dentro de él para dar y recibir de sí” (Meza & Arango, 2008, p. 43). En definitiva es el momento conocido como “**la praxis**” en el acontecer diario en que se forja el sentido de vida.

Un propósito para el futuro: Este propósito permite visualizar el camino, cumbre hacia donde debe proyectar el discípulo su itinerario de vida, su seguimiento-encuentro, de configuración con el divino Maestro. “El proyecto de vida genera una tensión hacia el futuro” (Meza & Arango, 2008, p. 43), abre nuevas expectativas, crea dinamismos que dan sentido a la existencia misma, es “**la esperanza**” que nace en el corazón del que busca una razón más a su existencia.

El discípulo se siente constructor, bajo la acción del Espíritu de Dios, de su propio destino. En búsqueda de respuestas que sólo Dios puede llenar; “me enseñarás el camino de la vida, me hartarás de gozo en tu presencia, de dicha perpetua a tu derecha” (Sal. 16, 11).

Este propósito hacia el futuro demarca desafíos en la construcción del proyecto personal de vida y será el reto para que la persona “se empodere a sí misma” desde su “autonomía como expresión de su libertad y responsabilidad”, de su propio proyecto que se construye el día presente. Ya que “la vida es un continuo en donde el individuo es el responsable de su existencia” (Meza & Arango, 2008, p. 44).

Un propósito desde el pasado: El proyecto hace volcar la mirada al discípulo hacia su pasado, es decir hacer “**memoria**” de su realidad pasada y vivida para ser consciente de la historia que le acompaña, reconciliarse con ella y captar la presencia de Dios, que ha sostenido con su gracia todos los instantes de la vida, para aceptarla como historia de salvación. Por tanto, “el proyecto exige el descubrimiento del propio yo bajo un profundo conocimiento de la historia personal” (Meza & Arango, 2008, p. 44).

Así pues, la persona que ha sido llamada por el Señor, descubre que en las experiencias de su vida, se pueden hallar las respuestas de “como se ve a sí misma (auto-imagen), concibe a sí misma (auto-concepto) y se quiere a sí misma (auto-estima)” (Meza & Arango, 2008, p. 44). De tal manera, que viene siendo la historia el lugar teológico de la experiencia de amor de Dios que llama al hombre a descubrir su personalidad y actuar con libertad y responsabilidad en la construcción de dicho proyecto.

El mismo Señor en el Evangelio de Lucas, provocó a los discípulos de Emaús a hacer una lectura de la historia y “recomponer los acontecimientos de la existencia propia para descubrir en ella el hilo rojo de un proyecto divino” (Rubio, 2005, p. 956). De manera que este propósito bien elaborado permitirá al discípulo un conocimiento de sí mismo, una aceptación y a la par, el abandono en libertad y responsabilidad a vivir el presente con madurez, proyectando el futuro hacia el ideal de vida.

2.3 LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

Desde su proyecto personal y comunitario, el discípulo está en la tarea de redescubrir la opción fundamental que implica el seguimiento de Jesús con toda la radicalidad del evangelio. Sin embargo, esta opción parte de una situación fundamental, que lleva al discípulo desde la experiencia profunda de encuentro y seguimiento a una decisión fundamental de configurarse cada vez más con el divino maestro. Esto se ve claramente en el desarrollo de la siguiente temática; ya que la opción fundamental implica: la situación fundamental, la opción fundamental propiamente dicha y la decisión fundamental.

2.3.1 Situación fundamental

El primer elemento es la situación fundamental en la que el hombre se descubre como un ser vivo, situado y en relación con el mundo. De manera que cuando el hombre toma conciencia de su realidad como ser situado en el mundo, es decir, que está en relación con el otro, con los otros, con lo otro y con el Otro, descubre una llamada que le interpela desde los valores, a dar sentido a la existencia desde su propio proyecto de vida y que de hecho necesita de algunos criterios para abrir camino hacia la construcción del mismo.

Un enraizamiento en la historia: Si el ser humano es llamado al Bien, a la Vida, y a Dios mismo, que le interpela en la persona de Jesús, es por tanto, en la historia donde se concretiza la alianza o pacto de amor de Dios con el hombre. Y este a su vez “debe considerar el valor histórico, en el sentido de que al vivir va construyendo su propia historia” (Álvarez, 1972, p. 92). Es entonces dentro de la misma historia donde se debe concretizar dicho proyecto o plan personal de vida.

Anteriormente se ha hablado de los propósitos que tiene la vida misma en cuanto a la construcción del proyecto personal de vida, por ende en la historia de toda persona hay un pasado, un presente y un futuro, es decir “la vida” misma “es el lugar donde Dios se revela en la lógica de la encarnación y donde el hombre descubre cada día más quién es y hacia dónde debe caminar para realizarse auténticamente” de manera como “le es propio, personal y único” (Rubio, 2005, p. 956).

Dios se revela en el acontecer histórico como proyecto fundamental de vida que interpela al hombre y lo llama, para que esté situado como objeto y sujeto de la historia; y desde ella tenga la capacidad de leer los signos de los tiempos, descubrir la huella de Dios y salga de sí en la construcción del proyecto de Vida.

Dice el Concilio Vaticano II que “el misterio del hombre no se aclara de verdad sino en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22), luego es en el seguimiento de Jesús como discípulos donde “lo divino se ha de entender desde lo humano y lo humano desde lo divino” (Meza & Arango, 2008, p. 61).

En esta dinámica del seguimiento, tiene parte la tarea del discernimiento dentro del Proyecto de vida, ya que lleva como actitud “a integrar la propuesta de Dios revelada en Cristo y su elección personal y libre que la lleva a tener en cuenta sus límites y posibilidades” (Rubio, 2005, p. 957).

Desde luego que la actitud del discernimiento lleva al discípulo a continuar en la búsqueda de “identidad” (acogida de la propia historia –pasado-presente y futuro- y del propio yo tal como es) “y como punto de partida para construir con Dios día tras día la historia de salvación que lleva a ser como él nos ha pensado y querido por amor” (Rubio, 2005, p. 957).

2.3.2 La Opción fundamental propiamente dicha

Partiendo de la realidad histórica o situación fundamental, el discípulo debe gestar una opción fundamental que implique todo un crecimiento hacia el proyecto de vida, que lo configura con Dios mismo que lo llama para estar en comunión con Él, con los otros discípulos y la creación entera, como capacidad de entrega del amor que ha recibido de Dios.

Es así que “la persona tiene que decidir el significado último y definitivo que quiere darle a su vida y en función del cual nacerá un estilo determinado de conducta” (López, 2006, p. 257). Por tanto, es llamado como discípulo a descubrir y hacer en la libertad una elección prioritaria, frente a otras decisiones que debe considerar y convertir en secundarias.

Así se gesta una verdadera decisión que comienza con la “toma de conciencia decisiva del ser, cuando el hombre desarrollando como naturaleza personalística, dice con toda su personalidad sí a la palabra interior, a Dios” (Álvarez, 1972, p. 197). Es entonces, cuando se constituye la meta y el ideal hacia el que se orienta la vida entera como camino de búsqueda constante de felicidad.

De manera que dice Álvarez Gastón (1972) que “la persona, participación del ser de Dios, llega a descubrir la verdad moral –vocacional- de la palabra interior que se manifiesta en principios fundamentales de valor de la vida y que al mismo tiempo le inclina a obrar según tales principios” (p. 197). Esto requiere necesariamente compromiso y riesgo, al comprometerse y al desligarse de ciertas opciones que impiden la decisión de esta opción fundamental.

Así “la opción fundamental del cristiano ha de entenderse como aquel compromiso humano por el Dios del NT que abraza la vida en su totalidad y que, en medida más o menos profunda, puede constituirse en un objeto de reflexión” (Compagnoni & Piana & Privitera, 1990, p. 1274). Es decir, que este compromiso debe madurar en la libertad de optar, seguir y comprometerse con la persona de Jesús.

Fuerzas naturales y sobrenaturales de la opción fundamental: Esta opción fundamental del compromiso por Dios en la persona de Jesús el Señor, no es una relación estática sino que debe ir creciendo en el conocimiento y apertura de los discípulos hacia Él. Sin embargo, aunque es impulsado “por la palabra de Dios, puede estar condicionado por el ambiente” (Álvarez, 1972, p. 197).

Por tal razón, la opción fundamental de todo hombre tiene su razón de ser en Cristo, a través del Bautismo, por el cual se obtiene “la gracia, la filiación divina y la incorporación a Cristo”. Pero, a la vez el “promotor” e “impulsor interno” es “el Espíritu Santo, que actúa de diversas maneras a través de la sacramentalidad en

la Iglesia” (Álvarez, 1972, p. 197), de carismas y gracias, con la cual conduce al cristiano a madurar en la opción fundamental.

Tampoco se ha de desconocer los promotores externos que influyen positiva y negativamente en la decisión de esta opción. Entre estos promotores tenemos a la Iglesia en su acción y misión, la familia con su experiencia de Dios y testimonio, el ambiente, la sociedad en fin un sin número de realidades en torno a la persona como ser que hace parte de una realidad social y que de hecho le interpelan para una verdadera decisión.

Se entiende entonces, que la opción fundamental “es fruto de una larga y silenciosa maduración en el tiempo, que poco a poco se explicita por una serie de actos, con los que intenta ya conseguir un proyecto que se dibuja paulatinamente en el horizonte” (López, 2006, p. 260). Esto conduce al ser humano a una relación que “se encarna de manera paradigmática en la elección irrevocable de vida en cuanto forma institucionalizada del propio proyecto de vida” (Compagnoni, et. al. 1990, p. 1276).

Por tanto, su génesis o crecimiento se efectúa a través de las pequeñas respuestas que posibilitan un día el encuentro con el don de Dios, es decir que este proceso lleva a la persona a madurar en el proyecto de Dios que le ha llamado a través de la persona de Jesús. De esta manera, “la realización de la persona, que para el cristiano es también la llamada e invitación de Dios, exige una toma de postura frente a los diferentes valores éticos” (López 2006, p. 263), como camino y proyecto de vida hacia la acción fundamental.

2.3.3 La Acción fundamental

Desde luego la opción fundamental por el Señor Jesús debe operar en el ser del discípulo un crecimiento tanto humano como espiritual que lo ponga en la tarea permanente de asumir una acción fundamental entendida esta como la

capacidad de salir de sí mismo, es decir, desde la donación y entrega para ayudar a construir con sus dones, carismas, valores y cualidades el reino de Dios. De esta manera el discípulo está llamado a vivir la experiencia de vida desde los frutos del amor.

2.3.3.1 De la opción a la acción fundante

En el caminar discipular con Jesús se va descubriendo la opción fundamental que lleva a una acción fundante enraizada en la experiencia de los valores. Por tal razón, el ser persona consciente de sus potencialidades como también de sus deficiencias, conlleva necesariamente a refundar el proyecto de vida sobre los valores⁴ que son “por definición, motivadores, representan objetivos que el sujeto se fija de antemano y que se convierten para él en ideales. Y además se manifiestan en la realización de un bien” (Rubio, 2005, p. 1112).

Así es que los valores como substrato importante en la persona humana da sentido a las acciones y realidades que este, en su proyecto personal quiere alcanzar; ya que “un verdadero y sano proyecto de vida se puede reconocer porque y en cuanto concuerda con la vida y con las leyes y valores que la caracterizan: el don, la acogida, la confianza, la verdad, el respeto, la ofrenda y la disponibilidad, la comprensión, el perdón, el amor...” (Rubio, 2005, p. 957).

De esta manera, se percibe que “la base axiológica es el alma sobre la cual se cimienta el proyecto de vida” (Meza & Arango, 2008, p. 44). Pero, al mismo tiempo se ha de reconocer los tipos de valores para fundar el proyecto de vida entre estos están los valores creativos, experienciales y actitudinales.

⁴ Valores: “En sentido genérico, se pueden definir los valores como cualidades que poseen las cosas en relación con el ser humano. Cualidades pertenecientes a las cosas. Dimensión objetiva: sólo cabe sentirlos, estimarlos o desestimarlos. Dimensión subjetiva: los valores no existen sino para aquellos sujetos dotados de facultad estimativa; sólo se dan y tienen significado para los seres humanos...” (Alarcos, 2009, p. 144). “Los valores son ideales durables y abstractos que se refieren a la conducta actual o al objetivo final de existencia del hombre” (Carrillo, 2008, p. 81)

Valores creativos: Estos son los valores que “nosotros damos a la vida a través de nuestras capacidades y dotes personales” (Carrillo, 2008, p. 84) así lo expreso Víktor Frank: “La primera es a través de aquello que él da al mundo en términos de su creación” (2005, p. 72), es decir la capacidad que tiene el ser humano para esbozar su propia originalidad, es la capacidad creativa que hace que el hombre encuentre un valor en la vida misma.

Valores experienciales: Estos valores experienciales son los que en el camino de la vida vamos recibiendo como elementos y realidades positivas que fortalecen y alimentan los sentidos y nuestro ser personal. Estos son “el bien y la belleza que están siempre presente en la vida de toda persona, como capacidad de apreciarlos dando el valor a lo experiencial en nuestro vivir, y al mismo tiempo lo enriquece y nos reconcilia con él” así es todo “aquello” que el ser humano “toma del mundo en términos de encuentro y experiencia” (Frank, 2005, p. 72).

Valores actitudinales: Estos valores están referidos a la actitud que asumimos frente a la vida misma y “la realidad existencial (un destino) que no se puede cambiar” (Carrillo, 2008, p. 84). Es buscar y tener la capacidad de dar un sentido a las situaciones límites que escapan a posibles soluciones, de hecho la triada trágica: el dolor, la culpa y la muerte, impone al ser humano los valores de actitud; es decir que estos valores implican asumir una postura en el “caso de tener que enfrentar un destino que no puede modificar” (Frank, 2005, p. 72).

De manera, que los valores asumidos dentro del caminar discipular son los que “dan sentido a los actos haciendo que el proyecto otorgue al individuo confianza y esperanza en las dificultades y lo haga libre y protagonista ante los condicionamientos de la sociedad” (Meza & Arango, 2008, p. 49), y del mundo que le rodea. Por tal razón, se llega a una concreción de auténticos valores que demandan en la persona la interiorización de los mismos y el afianzamiento en la vida de configuración con el divino Maestro.

2.3.3.2 Acción como: una presencia oblativa en el mundo

Cuando se logra experimentar la vida como experiencia de búsqueda continua de significado, se comienza el verdadero camino hacia “la lógica oblativa” de dar más que recibir; en la gratuidad de un Amor mucho mayor que llama para estar con Alguien y que de hecho, como seres humanos en libertad y responsabilidad, estamos convocados a ser “don, queridos y pensados por Dios, hechos a su imagen y semejanza” (Rubio, 2005, p. 957).

Desde luego, el ser humano desde que siente la primera llamada está abierto al amor, y no puede subsistir sin amor. Así el amor es parte constitutiva de su ser creatural, y le lleva a realizarse en la apertura al Amor. “Cuando el individuo es acompañado en este camino de apertura oblativa, puede entrar concretamente en un estilo de vida teologal que hace síntesis en su historia y en su identidad” (Rubio, 2005, p. 957). El cultivo de estos valores naturales, abre el camino para vivir y cultivar los valores evangélicos y cristianos.

La vida teologal en efecto, ayuda al discípulo a entender y a acoger la vida misma como donación total del amor de Dios, que está abierta en reciprocidad con los otros u Otro seres que le acompañan en el mundo. Esta fe que nace de la acogida de la Palabra de Dios en el acontecimiento de la historia, da al discípulo la capacidad de entender los acontecimientos del “pasado como revelación de Dios a la humanidad, acogiendo los significados que brotan de la historia” (Rubio, 2005, p. 957).

2.4 DE LA EXPERIENCIA AL DISCIPULADO

Después que se ha analizado la opción fundamental por el Señor Jesús, y que tiene como comienzo una situación histórica y que conlleva a una acción fundamental, se ahonda en la experiencia del discipulado desde la Palabra de Dios, con una novedad totalmente nueva en la llamada que hace Jesús a los

discípulos al encuentro y seguimiento de su persona para que puedan experimentar y asumir la misión del Padre, como proyecto de anuncio del Señor.

Desde luego que esta experiencia se hace desde el análisis hermenéutico del texto de San Juan 1, 35-52 donde se puede apreciar la estructura de llamada, seguimiento y misión que permite al discípulo de Cristo, vivir la experiencia de fe como un encuentro permanente con el proyecto de Dios Padre.

Al día siguiente, se encontraba de nuevo allí Juan con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: “He ahí el Cordero de Dios”. Los dos discípulos le oyeron hablara así y siguieron a Jesús. Jesús se vuelve, y al ver que le seguían les dice: “¿Qué queréis?” Ellos le respondieron: “Rabbí –que quiere decir, Maestro- ¿dónde vives?” Les respondió: “venid y lo veréis”. Fueron, pues, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Este se encuentra al amanecer con su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías” –que quiere decir, Cristo. Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas” –que quiere decir, Piedra.

Al día siguiente, Jesús quiso partir para Galilea. Se encuentra con Felipe y le dice: “Sigueme”. Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro.

Felipe se encuentra con Natanael y le dice: “Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret”. Le respondió

Natanael: “¿De Nazaret puede haber cosa buena?” Le dice Felipe: “Ven y lo verás”. Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: “Ahí tenéis a un Israelita de verdad, en quien no hay engaño”. Le dice Natanael: “¿De qué me conoces?” Le respondió Jesús: “Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi”. Le respondió Natanael: “Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”. Jesús le contestó: “¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores”. Y le añadió: “Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre”.

Por tanto, la persona está abierta a acoger la llamada de Dios como proyecto de vida, que da sentido a toda su existencia como camino de crecimiento personal y comunitario. En este contexto se inscribe la llamada que hace Jesús a los primeros discípulos a la experiencia del discipulado como proyecto de vida al servicio del Amor de Dios por toda la humanidad.

2.4.1 Discipulado en la biblia

El llamado que hace Jesús a los discípulos se enmarca en un ambiente histórico del pueblo de Israel. Ya que la relación de maestro-discípulo, era para el judío de aquel entonces una forma muy común, y ésta se “cultivaba en los círculos de los sabios (Prov. 2, 1) y entre los profetas (Is. 8, 26)” (Rubio, 2005, p. 384).

Propiamente se trasmitía la sabiduría de maestro a discípulo, de tal manera que el discípulo debía aprender de memoria los contenidos trasmitidos, que se habían adquirido desde la experiencia. Y en el caso de los profetas, la experiencia del discipulado llevaba a la “adhesión al profeta y al mensaje que trasmitía de parte de Dios” (Rubio, 2005, p. 384).

La forma que adquirieron los fariseos y los escribas con sus discípulos es muy similar a la de los sabios. Estos tenían como principio enseñar la ley y su interpretación de tal manera que el maestro solamente tenía un papel instrumental, así mismo, era el discípulo quien escogía a su maestro.

Es a nivel profético, como en el caso de Elías con Eliseo (1 Re. 19, 19-21) se hacían muy notorias en este tiempo, sobre todo el movimiento suscitado por Juan el Bautista. La predicación de la conversión era un llamado general para todo el pueblo, como preparación para la llegada eminente del Reino de Dios.

En este grupo que se formó en torno a la experiencia de Juan el Bautista, se intuye además, que Jesús hizo parte de él, y por tanto, vive “una profunda experiencia religiosa que le hizo descubrirse a sí mismo y su misión desde una nueva relación con Dios (bautismo, tentaciones)” (Fernández, 2001, p. 1310).

Desde esta experiencia de conocimiento de sí mismo, abierto al proyecto de Dios comienza el ministerio de Jesús, llamando algunos que hacían parte de los discípulos de Juan el Bautista, para que le siguieran y “estuvieran con él”, y continuaran el proyecto del Padre.

2.4.2 Discipulado en torno a Jesús, desde el evangelio de San Juan 1, 35-51

El texto Juan 1, 35-51 presenta el camino discipular como una experiencia de llamada, encuentro y seguimiento de los primeros discípulos que ante la experiencia de haber sido alcanzados por Jesús el Señor, a su vez, se convierten en testimonio-misionero de anunciarlo a otros, para que tengan la misma experiencia de vida.

Los tres momentos que hacen al discípulo parte del discipulado de la escuela de Jesús como son el llamado, el seguimiento y la misión, los encontramos reflejados en el comienzo del evangelio de San Juan, es decir, en el

texto de análisis. Por tanto, la llamada tiene como finalidad el seguimiento-encuentro cercano con Jesús, esto permite la preparación de “los discípulos para llevar a cabo una misión” (Rubio, 2005, p. 384).

Ahora bien el evangelio de San Juan, narra que ante el testimonio de Juan el Bautista, dirigiéndose a Jesús como “Cordero de Dios”, dos de sus discípulos siguieron al divino Maestro. De manera, que “al iniciarse el proceso por el que alguien se convierte en discípulo, es Jesús el que toma la iniciativa, volviéndose y dirigiéndole la Palabra” (Brown, 1999, p. 293), <<“¿Qué buscáis?”>> (Jn. 1, 38).

Esta interpelación de Jesús a los discípulos, conduce principalmente a responder desde lo más profundo de la interioridad del ser humano a Dios como ámbito que da sentido a toda la existencia. Esta pregunta es la que resuena en el corazón de todo creyente antes de tomar cualquier proyecto en el camino discipular.

Por tanto, como primera palabra que el evangelista ha puesto en los labios de Jesús dirigiéndose a los discípulos, hace al mismo tiempo que resuenen en la vida de aquellos una respuesta: “<<Rabí –que quiere decir ‘Maestro’-, ¿dónde vives?” (Jn. 1, 38). Aquí comienza esta aventura de ser llamados y de descubrir y seguir al Señor que colma el ansia y la sed que tiene la humanidad entera.

2.4.3 Estructura del discipulado

En la experiencia del discipulado que es el “elemento central en el ministerio de Jesús” (Fernández, 2001, p. 276), como lo ha dicho el evangelio de San Juan, se enmarca la estructura de llamada, seguimiento y misión; de tal manera, que permite forjar todo un programa de vida continuo para el que se hace discípulo en la escuela de Jesús.

2.4.3.1 La llamada

La llamada del Señor a los primeros discípulos en el evangelio de San Juan contrasta mucho con los de los sinópticos, ya que en estos evangelios es presentado Jesús como el que “llama personalmente a los primeros discípulos (Cf. Mt 4, 18-22/M 1, 16-20)” (Farmer, 1999, p. 1331).

En contraste, el evangelio de San Juan narra que la iniciativa no parte de Jesús ni de quienes quieren seguirle sino que se da por el testimonio del encuentro que han tenido algunas personas como son: Juan el Bautista, Andrés y Felipe con el Señor (Cf. Jn. 1, 19-36. 39-40. 43-44). Esto nos da a entender “que la llamada de Jesús a sus discípulos nace de la experiencia de su relación con Dios” (Rubio, 2005, p. 385).

Así mismo, en unión con todos los evangelios entendemos que “la iniciativa parte de Jesús, el cual elige a quienes quiere y les exige una ruptura radical con sus familias” (Rubio, 2005, p. 385). En esta llamada los discípulos de Jesús descubren dos cosas nuevas que no habían encontrado en los maestros rabinos (Cf. Jn. 1, 39; Mt. 4, 19. 21; Mc. 3, 13-15; Lc. 5, 10).

No son ellos los que eligen al maestro sino que es el mismo Cristo quién los ha llamado, para que estén con él. Es la respuesta que ha dado Jesús a los discípulos de Juan que lo seguían; “Venid y lo veréis” (Jn. 1, 39). Es decir, que “no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (Cf. Mc. 1, 17; 2, 14)” (DA 131).

Es en esta experiencia de ser llamados y alcanzados por el amor del Señor al encuentro-seguimiento, optando por el proyecto del Padre, en que el discípulo descubre su “vinculación íntima con Jesús”, como “participación de la vida salida de las entrañas del Padre, a formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus

mismas motivaciones (Cf. Lc. 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (DA 131).

Por tanto, el evangelio ha presentado que ésta llamada hecha por Jesús a los discípulos “está ambientada en Judea y tiene como contexto vital el grupo del Bautista y sus discípulos” (Rubio, 2005, p. 385), y que de manera radical, estos discípulos después de su experiencia de encuentro, terminan llevando a sus hermanos a la experiencia con el Maestro (Andrés a Simón Pedro y Felipe a Natanael).

Al respecto Aparecida dice que “la admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (Cfr. Jn. 10, 3)” (nº 136), es así que el reconocimiento de su presencia en la vida de todo hombre y seguirlo es la esencia del cristianismo.

2.4.3.2 Seguimiento:

La llamada implica un camino de seguimiento a la propuesta del Señor Jesús. Así este proceso lleva a “un proyecto de vida, que se caracteriza por compartir el destino de Jesús” (Rubio, 2005, p. 387). De tal manera que su llamada dirigida a los discípulos suscita en ellos “una invitación a la experiencia propia, al compromiso personal”. Es decir que “el propósito de seguir a Jesús y la voluntad de creer es asunto de una decisión personal, libre y voluntaria, que a nadie se le puede arrebatar” (Blank, 1984, p. 164).

Por tanto, el término “seguir” significa literalmente ponerse en camino con el Señor Jesús, indica que el “primer encuentro de los discípulos con Jesús constituye el comienzo de un discipulado firme y comprometido, como el que indica en definitiva el concepto de seguimiento” (Blank, 1984, p. 159). Aquí

comienza el camino para el discípulo, en el que puede entrar en la intimidad de descubrir al Señor de la vida, que promete a los discípulos que veremos cosas mayores (Cf. Jn. 1, 50).

Es en el camino del seguimiento con el Señor Jesús, donde los discípulos “se convierten en creyentes” (Brown, 2002, p. 451). Y por ende, esta misma “fe es el comienzo de una nueva experiencia” (Blank, 1984, p. 159). De manera, que “el seguimiento expresa, la relación fundamental del creyente con Jesús” (Brown, 1999, p. 294).

Así pues, este caminar de seguimiento-encuentro que ha presentado Juan desde la llamada a la invitación “venid y lo veréis”, permite descubrir que ellos “fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día” (Jn. 1, 39). Para vivir esta experiencia de seguimiento se hace necesario tres elementos: en primer lugar el seguimiento se da no solamente para que aprendan una enseñanza sino también que deben ser testigos del anuncio de la buena nueva de Dios por parte de Jesús.

En segundo lugar, los discípulos fueron llamados a asumir un nuevo estilo de vida a la manera del maestro. Es decir, asumir la experiencia de seguimiento una manera radical en su vida que les llevará al escándalo y al rechazo, una vida itinerante hacia una propuesta de amor y de acogida para todos y que implicó para ellos una ruptura con los criterios del mundo. Esto dio al grupo que se formó en torno al maestro, a que se convirtieran en “germen y anticipo del reinado de Dios que Jesús anuncia” (Rubio, 2005, p. 387).

Un tercer aspecto del seguimiento está en la determinación del “proyecto de vida de los discípulos”. “Seguir a Jesús implicaba, en última instancia, compartir su propio destino”, ya que al asumirlo, los discípulos también reciben “el rechazo social que este comportamiento provocaba” (Rubio, 2005, p. 387). Esto es asumir el estilo de vida y destino del Mesías, la Cruz.

Aparecida ha expresado para todo aquel que se ha hecho discípulo del Señor Jesús de la siguiente manera: “Identificarse con Jesucristo es también compartir su destino: “Donde yo esté estará también el que me sirve” (Jn. 12, 26). El cristiano corre la misma suerte del Señor, incluso hasta la cruz: “si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga” (Mc. 8, 34)” (DA 140).

Por tanto, “el discípulo de Jesús era”, -y debe ser- “al mismo tiempo, una forma concreta de actuar, un estilo de vida y un proyecto existencial” (Rubio, 2005, p. 388). Y debe estar caracterizado por la intensa relación con el divino maestro y por su carácter grupal. Esto conduce a asumir la misma tarea de Jesús el Señor, la de anunciar su propuesta y proyecto de amor del Padre por la humanidad, hecho presente en la vida y acción del mismo Señor Jesús.

2.4.3.3 La misión

El llamado y seguimiento que ha hecho el Señor a los discípulos está orientada precisamente a continuar la “tarea de anunciar y hacer presente el reinado de Dios” (Rubio, 2005, p. 388). Ya que “el proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre. Por eso pide a sus discípulos: “¡Proclamen que está llegando el Reino de los cielos!” (Mt. 10, 7)” (DA 361). Este es el cometido fundamental de todo discípulo del Señor Jesús, anunciar y hacer presente el reino de Dios.

Esto se ve claramente en el evangelio de Juan cuando los primeros discípulos que inicialmente habían tenido la experiencia de encuentro con Jesús llevaron a otros a que hicieran parte del proyecto del discipulado. Andrés le comunica a Simón “<<Hemos encontrado al Mesías>> –que quiere decir, Cristo-. Y lo llevó donde Jesús” (Jn. 1, 41). Igualmente Felipe al ser llamado por el Señor

comunica su experiencia a Natanael: “Hemos encontrado al que describen Moisés en la ley y los profetas; es Jesús, el hijo de José, el de Nazaret” (Jn. 1, 44).

La misión abre el camino para que otros encuentren al Señor Jesús y descubran así mismo, su misión dentro de la comunidad eclesial a la que se le ha llamado a ser parte. Es el caso de Simón hijo de Juan, en el que el Señor le cambia su nombre por “Cefas –que quiere decir ‘Piedra’-.” (Jn. 1, 42). Este “cambio de nombre”, le llevará a “confesar a Cristo como el santo de Dios (Jn. 6, 69)” y será entonces cuando “Cristo confiará el pastoreo de sus ovejas (21, 15-18)”. (Levoratti, 2003, p. 607).

En el anuncio de Felipe a Natanael (1, 43-54), encontramos también reflejada la misión de llevarlo hasta la presencia de Jesús. Este a su vez por “el conocimiento” que tenía “de la Escritura le llevó a aceptar a Jesús en toda su dimensión y significado, una vez que le oyó y pudo relacionar su persona con lo que decía la Tora acerca del Mesías” (Guijarro, Salvador, 1995, p. 273). Por tanto, “sólo desde la propia experiencia vital y en dialogo con quienes van a la búsqueda de la fe y se preguntan personalmente por Jesús puede surgir la fe” (Blank, 1984, p. 185).

2.4.3.4 La fe: como encuentro con el proyecto de Dios Padre

Desde la experiencia de haber sido llamados por Jesús al encuentro-seguimiento, y haciéndose partícipe de su misión como acción del proyecto del Padre, el discípulo comienza el peregrinaje de descubrir, alimentar y robustecer su fe desde la experiencia fundante del amor de Dios, que sale al encuentro de todo creyente.

De tal manera que los discípulos ante el encuentro con Jesús, quedaron “fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo como los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en

sus corazones” (DA 244). Esto implica una fe como adhesión personal y comunitaria al proyecto de vida abiertos al camino permanente de la conversión como transformación radical de la misma.

Ahora bien, siguiendo las líneas que ha presentado el evangelio de San Juan 1, 35ss., se muestra una clara identificación de que los discípulos son ante todo creyentes, que han hecho la experiencia del camino de la fe, en la persona de Jesús. El evangelista no ha hecho distinción entre el grupo de los seguidores de Jesús y todos los creyentes; sólo aparece el grupo de los doce en un pasaje (Cf. Jn. 6, 70-71).

En razón a esto se deduce que “el discípulo ideal no es Pedro, sino el discípulo Amado, que es presentado como modelo de fe en Jesús (Jn. 20, 3-9.20-21)”. Nos preguntamos: ¿Quién es discípulo? para Juan. Y obtendremos como respuesta que son todos “los que creen en Jesús (Jn. 2, 11), y todo él que está unido a él por la fe es un discípulo (Jn. 15, 8)” (Fernández, 2001, p. 279).

Así este evangelio presenta el discipulado como un proceso de iniciación que va llevando al discípulo al conocimiento pleno de Dios y a la fe cimentada en Él. Este proceso está enmarcado en “dos primeras secciones que presentan el proceso de fe de los discípulos (Jn. 1, 19-2,11), y las actitudes de algunos personajes representativos (Jn. 2, 12-4, 54)”. Esto permite a los discípulos del Señor Jesús confrontarse con el proceso de “enfrentamiento y diferenciación con respecto al de los judíos (Jn. 5-12)” (Fernández, 2001, p. 279).

2.5 LA EXPERIENCIA DEL DISCIPULADO COMO PROYECTO DE VIDA

Después de haber anotado el proceso del discipulado en la Palabra de Dios, desde la experiencia que tuvieron los primeros discípulos del Señor Jesús, al ser convocados para estar con él, seguirle y asumir la misión, se desarrolla finalmente esta experiencia del discipulado como proyecto de vida, en la que el

discípulo se configura con el divino maestro y asume a su vez, la tarea del discipulado como proyecto de vida tanto personal como comunitario.

Es el evangelio de San Juan el que hace una presentación mejor de la concepción sobre lo que significa el discipulado como proyecto de vida para Jesús (Cf. Jn. 13 al 17). Este Evangelio presenta a “Jesús que se encuentra sólo con sus discípulos y va guiándolos a través de un proceso de iniciación que pasa por diversas fases”. Y es aquí donde van a aparecer los “rasgos característicos del discipulado: un amor como el de Jesús, la unión íntima con él y con el Padre, y sobre todo la posesión de Espíritu”. Este es, en últimas el que “les mantiene unido a Jesús y les ayuda a entender sus signos y sus enseñanzas” (Fernández, 2001, p. 279).

De modo, que el acoger el proyecto de Jesús en la vida cristiana implica como nos lo repite nuevamente Aparecida desde una Vinculación que debe ser “como “amigo” y como “hermano”. El “amigo” ingresa a su Vida, haciéndola propia. El “hermano”, participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque Jesús por naturaleza (Cf. Jn. 5, 26; 10, 30) y el discípulo por participación (Cf. Jn. 10, 10)” (nº 132). Este es el proyecto que el discípulo debe encarnar y hacer propio, ya que el tipo de vínculo que Jesús quiere del discípulo es “una unión íntima con Él, obediencia a la Palabra del Padre, para producir en abundancia frutos de amor” (DA 133).

Por tanto, como respuesta a esta llamada de suscitar su proyecto de vida como proyecto del discípulo, está en “entrar en la dinámica del buen samaritano (Cf. Lc. 10,29-37), que da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús” (DA 135) este es el cometido y proyecto fundamental del discípulo para llegar a la configuración con Jesús.

2.5.1 Llamados para Configurarnos con el divino Maestro

Sólo haciendo la experiencia de seguimiento-encuentro y misión con la persona de Jesús, puede el discípulo adherirse y entregarse al proyecto de Jesucristo que le configura con la misma razón en que es movido el divino maestro, hacer la voluntad del Padre. Pero, es además el Espíritu Santo el que nos identifica con Jesús camino, verdad y vida, “permitiéndonos abrazar su plan de amor y entregarnos para que otros “tengan vida en Él” (DA 137).

Ahora bien, es necesario asumir “la centralidad del mandamiento del Amor”, para configurarnos con el divino Maestro, además es esta la característica de vida nueva para la comunidad discipular de Jesús, y al mismo tiempo es y debe ser el distintivo de todo discípulo; “cuyo testimonio de caridad fraterna será el primero y principal anuncio, “reconocerán todos que son discípulos míos” (Jn. 13, 35)” (DA 138).

En definitiva el proyecto de Jesús para los que son llamados a ser discípulos está en hacer propio “su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida” (DA 139).

De esta manera, se entiende que los discípulos desde el momento en que son llamados a tomar parte activa del proyecto del discipulado se configuran de tal manera con el Señor Jesús, que comienza la aventura de anunciar y hacer creíble el reinado del padre. Es así que se convierte en una tarea y un quehacer del discípulo la de ir “y haced discípulos a todas las gentes” (Mt. 28, 19).

Por ende, la misión nace como experiencia que han tenido los discípulos del encuentro y seguimiento con el Señor Jesús, configurándose de tal manera que continúan la tarea de ser anunciadores del reino de Dios en el mundo. Sin

embargo frente a esta experiencia configuradora de asumir el proyecto de vida, es necesario continuar con la tarea de seguir la formación tanto inicial como permanente en la escuela discipular del Señor Jesús.

2.5.2 La experiencia del discipulado como proyecto de vida

En razón al llamado que hace el Señor Jesús a toda persona para que se vincule estrechamente a Él, en su actuar y pensar, es decir, en una configuración permanente en el amor de Dios, se da “la novedad y la frescura de aquella primera experiencia de discipulado, la de aquellos que conocieron a Jesús y le siguieron de cerca compartiendo la tarea de anunciar la llegada del reinado de Dios” (Guijarro, 2006, p. 38).

Es esta experiencia discipular la que lleva a objetivar un proyecto de vida en la que el discípulo asume la llamada, el encuentro-seguimiento y misión de Jesús como proyecto que lo compromete con una vida más digna como don de Dios, que le ayuda a forjar un itinerario de crecimiento tanto humano como espiritual, para la edificación de la comunidad eclesial, a la que ha sido llamado a través del bautismo.

De manera que ser discípulo comporta como ya se ha dicho, en un “estar con” Jesús, para reproducir su imagen en el mundo “y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y mientras vivo en carne mortal, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gál. 2, 20). Por tal razón, “la comunidad de los discípulos de Jesús es una comunidad de seguidores, que van detrás de él, compartiendo su vida y su destino” (Guijarro, 2006, 42).

Por tanto, “el discipulado es una dimensión constitutiva de la Iglesia y el seguimiento una actitud básica de todos sus miembros” (pp. 49-50). Y este proyecto que es dinámico en su realización comporta “la unión con Jesús y la entrega del reino anunciado por él”. Así, “la configuración con Jesús (compartir el

estilo de vida de Jesús) es necesaria para compartir su misión, y ambas cosas hacen comunidades vivas” (Guijarro, 2006, p. 50).

Finalmente, hay que decir que “la Iglesia es una comunidad de seguidores de Jesús. Es una comunidad en camino y en proceso. Los discípulos de Jesús estamos en camino siempre detrás de él” (Guijarro, 2006, p. 51). Y es en la comunidad discipular donde se descubre el proyecto de Dios. De manera que “los discípulos están en comunión con Jesús y con los demás discípulos, y así forman la comunidad de discípulos de Jesús” (Rodríguez, 2008, p. 704).

Por tanto, “es básico comprender el seguimiento de Jesús en clave de proyecto y en otras palabras en clave de esperanza, pues en él todo se centra en un conjunto de proyectos, comenzando por el proyecto de redención y liberación, con el cual culmina el gran proyecto de salvación” (Lugo, 2006, p. 19), de esta manera el camino discipular se convierte en proyecto de vida, y que por tanto debe continuar en ese proceso permanente de formación en la experiencia comunitaria.

CONCLUSION:

Se ha podido llegar a la comprensión en este capítulo que la experiencia fundante nace principalmente:

Del encuentro-seguimiento del Señor Jesús, que como discípulos está llamando a un nuevo nacimiento de configuración con Él, para poder asumir el proyecto personal de vida, en esa búsqueda constante de sentido al proyecto discipular como fundamento y razón de ser del proyecto del Padre.

Por tanto, asumiendo esta experiencia configuradora y totalizante, el discípulo desde la libertad y responsabilidad va descubriendo la opción fundamental de seguir y vivir de acuerdo al plan o proyecto a que le ha llamado la

persona de Jesús. De manera que “la experiencia de la gratuidad del amor de Dios fundamenta a la persona y de su vida, su experiencia interior y su conducta” (Garrido, 1996, p. 303).

Siguiendo a Garrido (1996) “la experiencia fundante se caracteriza por una dualidad: por una parte es totalizadora, abarca a la persona entera (lo psicológico, lo existencial y lo espiritual); por otra es teologal y, por tanto, trasciende la estructura inmanente de la persona” (p. 303). Esto en primer lugar es un desarrollo de ser cada día más persona, en la maduración y apertura hacia el ser trascendente. Pero también abarca el sentido último en “cuanto amor salvador y escatológico de Dios” (Garrido, 1996, p. 303).

Esta experiencia fundante lleva al discípulo a vivir el proyecto de vida como una participación del mismo proyecto de Dios que responde a los interrogantes e inquietudes inscritos en el corazón del hombre: tengo sed de ti, del Dios vivo (Cf. Sal. 42,3). De manera que el proyecto quiere decir: un propósito en el presente, uno para el futuro y uno desde el pasado, que permite vivir la propia vida en un dinamismo constante de construir y edificar el proyecto de Dios.

Es encarnar el proyecto del amor de Dios Padre revelado en la persona adorable de Jesús. Es asumir el camino del discipulado como proyecto permanente de formación en la escuela de Jesús. Y por tanto, los evangelios son la fuente original, donde se narra el camino discipular de los primeros seguidores del Señor Jesús. Y estos además, dan a conocer que “el discipulado fue un elemento central en el ministerio de Jesús” (Fernández, 2001, p. 276).

Finalmente quiero terminar esta conclusión con estas palabras de Aparecida:

Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría,

somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar (DA 549).

CAPÍTULO III

EL PROYECTO DE VIDA EN EL CAMINO DE LA FORMACIÓN DEL DISCÍPULO DEL SEÑOR EN LA DIÓCESIS DE OCAÑA

INTRODUCCIÓN

Después de haber analizado la experiencia de la realidad y el camino de los discípulos del Señor Jesús en la Diócesis de Ocaña, y de comprender la experiencia fundante en su proceso formativo desde los elementos que estructuran el Proyecto personal de Vida, se quiere llegar a la propuesta del proyecto personal y comunitario de vida, que acompañe, complete y perfeccione los procesos de formación iniciados en la Diócesis de Ocaña.

Por tanto, se quiere mostrar en esta temática, cómo la formación del discípulo del Señor Jesús que peregrina en la Diócesis de Ocaña, ante los retos de los tiempos actuales, exige nuevos métodos o maneras de vivenciar la experiencia creyente de optar siempre y mejor por la propuesta del Proyecto de Amor de Dios Padre para la humanidad.

Aparecida muestra que la Iglesia tiene nuevos retos en tiempos marcados por una crisis en todos los campos y uno de estos retos es el de “mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo” (DA 14).

Ante el reto que tiene la Iglesia de formar y acompañar al discípulo del Señor Jesús, se hace necesario que el hombre desde su voluntad humana, responda a la voluntad creadora de Dios, ya que esta le llama desde su libertad y capacidad de discernimiento, para que situándose ante su última hora, el “aquí y el

ahora”, pueda optar y decidir por un proyecto personal de vida, que como instrumento o medio, le ayude a asumir y vivir su vocación cristiana.

Así, el proyecto personal de vida será una herramienta indispensable, para acompañar los procesos de formación que ya se han iniciado en la Diócesis de Ocaña. De esta manera se articula este proyecto personal de vida como derrotero de formación para los discípulos del Señor.

3.1 LA FORMACIÓN DE DISCÍPULOS

La Iglesia –tanto la particular de la Diócesis de Ocaña como la universal- en el albor de este nuevo tiempo, tiene principalmente el desafío de brindar una formación integral a los discípulos del Señor Jesús, ya que se hace “necesario hacer lo que Dios quiere”. Y por tanto, “para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser capaz y hacerse cada vez más capaz. Desde luego, con la gracia del Señor; pero también con la libre y responsable colaboración de cada uno de nosotros” (ChL 58).

De esta manera, se quiere abordar la necesidad que tiene la Iglesia de acompañar el camino de la formación de los discípulos del Señor Jesús, para que vayan redescubriendo progresivamente su proyecto personal de vida, que tiene como raíz y fuente la vocación de seguimiento al que Dios mismo los ha llamado.

Frente a estas circunstancias el discípulo debe hacer siempre una **opción desde la libertad**, es decir, debe **ser educado en la autonomía**, y así mismo llegue a **ser responsable** de su **crecimiento personal**; partiendo siempre y desde la capacidad que tenga de **discernimiento**, para que de esta manera viva con más **radicalidad su proyecto en la configuración** con el divino Maestro. Luego esta **tarea** del discípulo se hace en el **camino** de la formación.

Por lo tanto, se hace necesario que la comunidad eclesial, conozca la realidad contextualizada, que vive el discípulo de hoy; y que al mismo tiempo esté abierta a lo expectante del mundo en concreto y que lleve al discípulo a que tenga **mirada crítica de la realidad**, es decir, que tenga una capacidad de discernimiento desde su libertad para poder responder a los inquietantes interrogantes que tiene la vida de todo ser humano.

Con tal razón el hombre y más concretamente el discípulo del Señor, ha buscado responder a muchas preguntas existenciales que le interpelan su realidad concreta o realidad situacional, como anteriormente se había anotado, en los propósitos del proyecto personal de vida, en el presente: ¿Quién soy yo, hoy ahora? Hábitos, ilusiones, sentimientos, físicamente, intelectualmente. ¿Cómo quiero vivir? ¿Para quienes quiero vivir? ¿Qué da coherencia a mi vida ahora? ¿Cuál es mi centro vital?

Luego, desde una mirada hacia el futuro el discípulo se cuestiona: ¿Qué metas concretas me propongo? ¿Qué pasos concretos establezco? ¿Cuáles son mis opciones y mis prioridades importantes hasta el momento? ¿Qué es para mí la libertad? ¿Cómo discernir, buscar y realizar la voluntad de Dios? ¿Cuál es su sentido? De hecho estos interrogantes llevan al discípulo a tomar parte en el camino de formación o itinerario en la voluntad creadora de Dios que sustente el proyecto personal de vida que se ha de forjar a la luz de su misterio de Amor.

3.1.1 ¿Qué es formar discípulos?

La Iglesia tiene el reto de **formar** y **acompañar**, al discípulo de Cristo, que como persona, que hace parte de un ambiente social e histórico, se siente llamado por Dios a responder a la vocación cristiana, es decir, a la experiencia de encuentro-seguimiento con el Señor Jesús, en la búsqueda constante por dar sentido a la vida. De esta manera, la vocación conduce a la forma de conciencia

en las personas a un sentido en toda su existencia, a comprender lo que es, lo que tiene y lo que hace.

Pero, para llegar a la comprensión de sí mismo, como persona y de su realidad, el discípulo entiende, que debe caminar en la experiencia de crecimiento personal y comunitario, es decir, dentro de la comunidad eclesial que le permite formarse en la escuela del Maestro, en este caso en la Iglesia particular de la Diócesis de Ocaña.

Entendiendo que formar es dar forma a la vida personal según el querer, el sentir y la voluntad creadora-salvadora de Dios, para configurarse y conformarse en la libertad-responsabilidad de ir respondiendo al propio proyecto personal de vida, el discípulo ha de hacer este camino acogiendo las disposiciones y mediaciones que el Espíritu de Dios y la Iglesia en particular le ofrece para la maduración cristiana.

Así, formar en y para la Iglesia, requiere ante todo haber tenido la experiencia de ser llamados por el Señor, a seguirle e imitarle en el anuncio del Reino de Dios. Sin embargo, el discípulo que se descubre llamado desde su situación fundamental, es decir, lo que comporta así mismo como persona histórica, real y viva con situaciones que demarcan revisión y proyecto, necesita de los elementos necesarios que le ayuden en el proceso de formación inicial y permanente de configuración con Cristo. Por tanto, se requiere que la Iglesia lo acompañe en ese itinerario de formación de la vida cristiana.

La Iglesia forma a los discípulos desde y con el acompañamiento, de esta manera, se entiende que formar en la Iglesia y para la Iglesia particularmente en la Diócesis de Ocaña, es **acompañar** al discípulo en este itinerario de seguimiento-encuentro con el Señor Jesús. Este acompañamiento no es otra cosa sino caminar al lado del que es acompañado para que la experiencia fundante de la gracia del Señor, acontezca en la realidad de cada hombre y mujer que peregrina en la

Diócesis; y de esta manera el discípulo se trasforme y ordene según el querer de Dios.

Dentro de este camino de formación como acompañamiento por parte de la Iglesia -comunidad de discípulos- a la persona que se hace discípulo del Señor y que está en constante construcción, debe ofrecer los criterios y los elementos necesarios de un acompañamiento permanente para que sea una realidad el acontecer de Dios en el ser humano.

3.1.2 Elementos claves dentro del acompañamiento

Es necesario en el proceso formativo de acompañamiento de cada uno de los discípulos, descubrir y poner en práctica con la vida real y tangencial, los elementos y criterios claves del acompañamiento; que capacitarán al discípulo de la Diócesis de Ocaña, desde la experiencia cristiana para adherirse con más efectividad al llamado que hace Dios para el seguimiento.

Estos elementos que ayudan al proceso de acompañamiento son los siguientes: En primer lugar es tener **claridad** de lo que es el acompañamiento dentro de la comunidad eclesial, para ponernos delante de Dios, como creyentes para descubrir su voluntad, por lo tanto es dialogo entre creyentes. De esta manera se tiene claro que el acompañante está en la tarea de ayudar al acompañado a rastrear el paso de Dios por su vida e historia y dar una respuesta al llamado que Dios le hace continuamente.

Al mismo tiempo, el acompañante debe en este caso caminar de forma cercana y ayudar desde la coherencia y autenticidad. Por tanto, debe transmitir vivencias, valores, sentido, apoyo, horizonte y posibilidades para que el acompañado encuentre su camino y resuelva sus problemas (Cf. Pedroza et., 2001, pp. 40-41). Esto es, ponerse a lado del hermano para que descubra la huella de Dios.

Segundo paso es que quien hace de acompañante de su hermano, debe estar haciendo **camino y proceso de acompañamiento**, ya que con esta experiencia permite el encuentro con Dios, sin manipular al acompañado. De esta manera, se tiene una visión nueva, clara y respetuosa de la persona que camina a lado hacia la maduración de la vida cristiana, como discípulo del Señor. Luego la tarea indiscutible es que el acompañado asuma su vida como proyecto.

Esta experiencia de vida da al acompañante que entienda el caminar de su acompañado en sus diversas etapas de maduración, con sus ritmos personales y comunitarios, en sus fracasos y errores que se convierten después de solucionados en aprendizaje para la vida en concreto. Por tanto, el acompañante ha de ser un creyente maduro en la fe y que no se da sino en la experiencia que él ha tenido camino recorrido a través del acompañamiento.

Tercero, están los **límites** que en toda relación interpersonal son necesarios, para que se pueda facilitar un adecuado desarrollo y claridad de lo que se busca. Es necesario que la persona se interiormente libre de sí misma y de los puntos de vista personales, para que no satisfaga el interés de quien se acompaña sino que al contrario colocando los límites se pueda promover al encuentro-seguimiento de Cristo el Señor.

Como cuarto elemento, en el acompañamiento se debe analizar a la luz de la experiencia de la oración y del discernimiento las **intenciones, roles y relaciones** que surgen en el proceso de acompañamiento. De esta manera, se requiere de la docilidad y apertura a la acción del Espíritu Santo, para saber interpretar los signos, que como frutos del acompañado va dando el discípulo en el proceso. Esto permite no ser un obstáculo a los planes de Dios en la persona que es acompañada, lo cual supone, la capacidad de dar una respuesta libre y responsable a las inspiraciones divinas.

3.1.3 El acompañamiento a la luz de la palabra (Lucas 24, 13-35)

En este proceso de formación desde el acompañamiento, la Iglesia de la Diócesis de Ocaña, ha venido desarrollando la tarea de formar al discípulo desde la experiencia de vida como proyecto, por tal motivo, en este apoyo de dinamizar y optimizar este proceso de formación, se propone desde el texto de los caminantes de Emaús, los elementos del acompañamiento que enriquecen el proyecto personal de vida y que sitúan al discípulo ante la decisión aquí y ahora de optar por el seguimiento del Señor Jesús.

No obstante, la comunidad eclesial presenta en sus líneas fundamentales un proceso de acompañamiento en el camino de la formación, que requiere de una paciente y desmedida tarea de servicio y compromiso, para los que son responsables de acompañar el proceso, al igual, de los que son llamados para ser acompañados. Frente a esta tarea, no se puede dejar de lado el ambiente social, cultural y religioso que envuelve al discípulo de hoy.

Ahora bien, desde esta iluminación bíblica (Lc. 24, 13-35), la Iglesia diocesana encuentra los elementos específicos y validos, que permiten ver, acompañar y dinamizar los procesos de formación para el discípulo de hoy, respondiendo a la necesidad de que cada discípulo forje el proyecto personal de vida en la tarea de descubrir y hallar respuesta a la llamada divina.

3.2 EL ACOMPAÑAMIENTO DESDE EL CAMINO DE EMÁUS

Esta realidad de la formación en el acompañamiento de la Iglesia particular de Ocaña, debe tener en cuenta los pasos o elementos que el evangelista San Lucas plantea en la experiencia de los dos caminantes que se dirigían a Emaús, con el encuentro-acompañamiento de Jesús Resucitado, que frente a la sórdida situación que había acontecido en Jerusalén, ellos sin esperanza son re-educados

en la esperanza de encontrar sentido a lo que ellos en primer momento sentían como frustración de vida.

Miremos el Evangelio de Lucas (24, 13-35):

Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y se puso a caminar a su lado. Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle. Él les preguntó: « ¿De qué vais discutiendo por el camino?» Ellos se pararon con aire entristecido.

Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: « ¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: « ¿Qué ha ocurrido?» Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazoreo, un profeta poderoso en obras y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que decían que estaba vivo. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron.»

Él les dijo: « ¡Qué poco perspicaces sois y qué mente más tarda tenéis para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su

gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les fue explicando lo que decían de él en todas las Escrituras.

Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le rogaron insistentemente: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Entró, pues, y se quedó con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces, se le abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno a otro: « ¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino y nos iba explicando las Escrituras?»

Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: « ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

3.2.1 Elementos del acompañamiento en la experiencia de Emaús

El primer elemento que expresa el hacernos compañeros de camino en este proceso de aprendizaje en la dinámica con el Resucitado es “**saber preparar**” (Meza & Arango, 2008, p. 95), el espacio y el tiempo para encontrar y escuchar al discípulo, en otra palabra, es necesario acercarse y seguir el camino al ritmo del acompañado.

Vayamos al texto de Lucas: “Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que dista sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Mientras conversaban y discutían, el mismo

Jesús se acercó a ellos y se puso a caminar a su lado. Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle” (13-16).

El segundo elemento que presenta es “**saber iniciar**” (Meza & Arango, 2008, p. 95), “Él les pregunto: ¿De qué vais discutiendo por el camino?” (17a). Saber iniciar la conversación después de la escucha, con una pregunta sencilla, pero precisa y eficaz. Ya que estas son las herramientas que ha de tener el acompañante para interpelar al acompañado discípulo a hacer la interiorización o introspección de su vida.

Tercer elemento es “**saber dialogar**” (Meza & Arango, 2008, p. 96), que implica “encarnar la palabra en la realidad de los compañeros del camino”. Esto hace en el discípulo que a la luz de la experiencia vivida exprese a través de la palabra su realidad, su historia personal, en la que se da el proceso de auto-comprensión y comunicación. Aquí el acompañante entiende la historia de los compañeros de camino en su globalidad.

Y así lo presenta Lucas:

Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: « ¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no se ha enterado de lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: « ¿Qué ha ocurrido?» Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazoreo, que fue un profeta poderoso en obras y palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo: cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que iba a ser él quien liberaría a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que incluso

habían visto una aparición de ángeles, que decían que estaba vivo. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho. Pero a él no lo vieron.
(17b – 24)

En el cuarto elemento es fundamental, ya que nos pone ante la clara posición de lo que se ha de pensar, sentir y ser. Este es el momento de “**saber confrontar – discernir**” (Meza & Arango, 2008, p. 96), que lleva a tener una mirada crítica de la realidad que ensombrece al discípulo, frente a la experiencia de haber sido alcanzado por la buena noticia del Reino de Dios. El resucitado educa los ojos y el corazón para ver, comprender y entender la realidad o situación de otra manera.

Volvamos al texto: “Él les dijo: « ¡Qué poco perspicaces sois y qué mente más tarda tenéis para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les fue explicando lo que decían de él en todas las Escrituras” (25-27).

Luego surge un quinto momento, en la que se recupera en el ambiente celebrativo, la dimensión festiva, esto es, “**saber celebrar**”, en la que se da el espacio donde se entablan verdaderas relaciones, donde el acompañado y acompañante son testigos de la resurrección, de la acción de Dios en sus vidas. Se da el “momento para compartir, para elevar la acción de gracias, para la oración y la alabanza” (Meza & Arango, 2008, p. 97).

Y Lucas enfatiza: “Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando” (28-30).

Llega el momento de la toma de decisiones en la vida de todo cristiano, en la que se hace testigo de la experiencia del resucitado, es “**saber decidir – testimoniar**” (Meza & Arango, 2008, p. 97), el encuentro con el resucitado a lo largo de la vida, en la que se da un nuevo camino para reconocer la experiencia viva del Señor Jesús. “Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: « ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (33-34).

Por tanto, la experiencia misma de descubrir al resucitado en la experiencia personal de vida, lleva a recuperar la historia, hacerla consciente, es entonces, “**saber recuperar – sistematizar**” (Meza & Arango, 2008, p. 98), la historia para hallar en ella la huella de Dios, como historia de salvación en la que Dios actúa. “Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan” (35).

Finalmente, se presenta en este texto de Lucas, el momento octavo que es el “**saber finalizar**” (Meza & Arango, 2008, p. 98), que es apartarse para que el otro surja, no crear dependencias y establecer relaciones igualitarias, en el que se enciende el corazón de cada creyente en el amor de Dios, para que continúe el camino de discipulado. De esta manera, el evangelio muestra al Resucitado que acompaña a los discípulos para que comprendiéndole y reconociéndole, asuman la tarea de continuar solos en el camino para llevar a cabo la misión de comunicar la experiencia a los hermanos.

Lucas lo presenta de esta manera: “Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno a otro: « ¿No ardía nuestro corazón en nuestro interior cuando nos hablaba en el camino y nos iba explicando las Escrituras?»” (31-32).

Sintetizando: los pasos fundamentales del acompañamiento son: el asumir la propia realidad histórica. Dejar algo, es decir, la purificación de interés y el abandono de situaciones que impiden el recto desarrollo de la personalidad. El adherirse y optar por Jesús, el Señor, como centro de la vida. El organizar una escala de valores. Trabajar en el fortalecimiento y el crecimiento de la vida cristiana.

3.2.2 ¿Cómo formar discípulos? ¿Qué nos dice Emaús?

Después de haber tenido un acercamiento general a estos elementos claves, en el acompañamiento que hace el resucitado a los dos discípulos de Emaús, se quiere ahora analizar desde más cerca, ésta propuesta del acompañamiento en el proceso de formación ya iniciado en los discípulos de la Diócesis de Ocaña, para continuar en esta labor de configurar la vida como proyecto personal al dar respuesta a la vocación a que cada uno como discípulo ha sido llamado.

Habiendo entendido que formar discípulos en la Iglesia, como proceso de configuración con el maestro, se da desde y con el acompañamiento, que ha de permitir descubrir la huella de Dios en cada historia personal para construir de esta manera, el proyecto de vida; la Iglesia de la Diócesis de Ocaña, está queriendo propiciar el ambiente para que el discípulo profundice su compromiso cristiano.

Por tanto, en este camino de formación, comporta desde la experiencia personal de cada discípulo con el Señor Jesús, dentro de la comunidad eclesial, el compromiso y la tarea de continuar el proceso de maduración en la fe a la que se le ha llamado. Y esto se hace cuando la Iglesia como acompañante en este proceso de configuración, le ayuda a formarse desde el escuchar, el preguntar, el dialogo, la decisión, la fiesta, la memoria y desde el aprender a estar y terminar, para llegar de esta manera a configurar el proyecto personal de vida.

3.2.2.1 Formar en el escuchar: saber preparar.

La Iglesia Diocesana ha venido preparando el espacio y el tiempo para el encuentro y la escucha de toda persona que se hace discípulo del Señor Jesús, desde la experiencia del kerigma, anuncio de la buena nueva, desde la convocación y creación de los lugares de la formación y la implantación de los proyectos y planes de pastoral, que apoyan los procesos de formación.

Se ha podido encontrar una Iglesia que ha salido al paso del discípulo, desde sus realidades sociales, culturales y religiosas, para escucharlos y poner al servicio el evangelio como tarea dada por el Señor. Sin embargo, frente a los retos que presenta el mundo de hoy, se hace necesario continuar con el proceso de formación desde y con el acompañamiento, para ir respondiendo a los grandes interrogantes y vacíos existenciales que tiene el hombre de hoy.

Estos procesos ya iniciados y que continúan en la tarea de formación de discípulos, permiten ojear la realidad y desde ella analizar el camino que ha llevado a los discípulos de Emaús a reorientar su vocación para descubrir al resucitado que ilumina sus vidas, dando sentido al pasado, situándolos en el presente y proyectándolos a construir un nuevo futuro. Es en esta dinámica donde se sitúa el primer paso; saber preparar el espacio y el tiempo para encontrarse con el acompañado y escucharlo.

De hecho, es necesaria la escucha al entrar en contacto con la palabra de la otra persona, ya que posibilita la interrelación de ideas, pensamientos, emociones y sentimientos que establecen desde la cercanía vínculos estrechos que llevan a un encuentro con el acompañante. Pero esta escucha debe ser activa para que genere en la Iglesia un buen acompañamiento en los procesos de formación para todos los discípulos.

De manera, que se ha de entender por escuchar el oír y comprender, que no es interpretar lo que el otro me está diciendo, porque a veces eso ha venido pasando con los planes de pastoral que se estructuran dentro de la Diócesis. Y termina por imponerse la mirada subjetiva, los juicios, criterios y circunstancias personales o grupales del que acompaña los procesos de formación.

Por tanto, se entiende que el escuchar activamente, dentro de los procesos de formación, conlleva a estar atentos a las palabras verbales y no verbales del que habla, en este caso del discípulo, es un todo que implica voluntad, atención y disposición para la escucha. Es así, que si la Iglesia diocesana desea realmente un acompañamiento en los procesos formativos de los discípulos necesita escuchar estos otros lenguajes para establecer una verdadera escucha del otro en toda su "dimensión comunicativa" (Arango, 2011, p. 12).

Al igual hay que prestar atención en este proceso de acompañamiento, desde la escucha, a los dos tipos de conversación que se dan: la externa que es la que sostiene la Iglesia diocesana con los discípulos, es decir, el diálogo en la formación, en la enseñanza, en la catequesis y en segundo lugar está la conversación interna que se denomina el auto-diálogo y que debe manejar todo aquel que acompañe estos procesos.

Es así, que se requiere saber manejar el auto-diálogo, ya que hace parte de la interioridad de todo ser humano, de dialogar consigo mismo, en la que se interpreta la realidad o ambiente social que cada uno como ser humano vive. Y es en estas, en las que se crean una serie de etiquetas e imágenes para cada hecho o suceso, que contrasta con la realidad de todo discípulo. Es necesario, por tanto, tomar conciencia de este auto-diálogo para saber escucharse para encontrarse con Dios, saber escuchar la realidad para responder a la formación.

Entonces, se hace imprescindible que el acompañante, la Diócesis de Ocaña, desde la experiencia misma de preparar el espacio y el tiempo para

encontrar y escuchar al discípulo, se forme en el saber escuchar. Ya que de esto depende el éxito, de hacer lo correcto dentro del camino de la formación. Por lo cual, se necesita generar el ambiente de libertad para que el discípulo exprese lo que quiere comunicar. Al igual, se debe prestar total atención sin divagar en la auto-dialogo, y mostrar interés por el que habla, de tal manera que se sintonice con el acompañado (Cf. Arango, 2011, p. 13).

3.2.2.2 Formar en el preguntar: saber iniciar

Después de haber analizado en el contexto discipular la formación en el saber preparar, como tarea del acompañante de formarse en la escucha activa, se propone este segundo elemento dentro de este itinerario de los discípulos de la diócesis de Ocaña, que es el saber iniciar desde el “acercarse para preguntar sobre lo que van hablando mientras van de camino” (Arango, 2011, p. 26).

De hecho, todo discípulo desde su interioridad busca encontrar desde la llamada inicial respuestas a la voluntad creadora de Dios y por ende, en ese caminar, también se quiere dar sentido a la vida misma. Por tanto, la Iglesia diocesana como acompañante en los procesos de formación está en la tarea de formular preguntas inteligentes para que se genere en los discípulos respuestas que interpelen a la búsqueda común del resucitado dentro de la Iglesia. Es un preguntar para comprender la realidad personal y social.

Por tal motivo, se debe tener en cuenta dentro de este proceso, que para saber preguntar es preciso haber escuchado a los discípulos, ya que el acompañante es el que debe hacer hablar al acompañado. Esta es una habilidad que debe adquirir la Iglesia a la hora de “saber iniciar”, y por lo tanto requiere; que se hagan preguntas estimulantes, es decir, en la que se eviten respuestas que sean producto de la memorización. Que se hagan preguntas que los acompañados puedan responder, de acuerdo a su capacidad. Y que se hagan

preguntas relevantes a la experiencia personal del acompañante (Cf. Arango, 2011, p. 26).

Dentro de este proceso el discípulo está llamado a interiorizar su propia vocación como estilo de vida que permite formarse en un acompañamiento por parte de la Iglesia particular como comunidad de fe que le acoge y le invita a ponerse delante de Dios que continuamente le llama, dando sentido a su vida, generando desde luego el proyecto personal de responder a la voluntad creadora. Por tanto, las preguntas inteligentes aportan datos al acompañante y al mismo tiempo dan al acompañado los elementos necesarios para que él se situé, ante la llamada de Dios para que pueda discernir lo que verdaderamente le conviene realizar como discípulo del Señor (Cf. Meza., Arango, 2008, p. 109).

3.2.2.3 Formar en el diálogo: saber dialogar

Siguiendo en esta tarea de la formación desde el acompañamiento por parte de la Diócesis de Ocaña al discípulo del Señor, se presenta un tercer elemento, después de la escucha activa y el saber preguntar inteligentemente, que es el diálogo, que conlleva a “saber dialogar”. Permitiendo de esta manera que el acompañante lleve al discípulo a “encarnar la palabra en la realidad de los compañeros de camino” (Arango, 2011, p. 29).

Es decir, que el discípulo tenga el espacio de poder comunicar, dialogar y contar su historia personal, que está sostenida en una realidad que comparte con los otros discípulos que van de camino. Sin embargo, se requiere por parte del acompañante, para poder entender y comprender esta historia, enmarcada en la historia de la salvación, en globalidad, que asuma la actitud de no intervenir, de no interpretar, no opinar, no juzgar y de no aconsejar al acompañado. Ya que debe escuchar para comprender la historia de sus discípulos en globalidad, que hace parte de un todo.

Esto hace del acompañante, solidario con el dolor de los otros, para comprenderlos y luego acompañarlos a encontrar soluciones y sentido a dichos problemas que surgen desde la historia personal de vida. Por tanto, las personas humanas son contadores de historias, que llevan a preguntarse siempre desde la interioridad ¿Quién soy? Esta pregunta se puede responder con muchas versiones, de manera que las narrativas contadas por los discípulos, muestra la forma de ver lo humano que acontece en una realidad histórica.

Así se entiende que la Diócesis escuchando, preguntando y dialogando con los discípulos desde la experiencia que se ha tenido a lo largo de estos años en el camino de la formación desde el anuncio del evangelio, hasta la aceptación de los planes de pastoral como el PDR/E, que apoyan el camino formativo de los discípulos, llevan a consolidar en cada uno de ellos el proyecto gestante de la voluntad creadora de Dios, que lo confronta con la realidad histórica que no puede pasar de largo.

3.2.2.4 Formar en el confrontar: saber discernir

El llevar a confrontar la vida es una tarea insustituible del que acompaña el proceso de formación de los discípulos, dentro de la Diócesis de Ocaña, ya que esto permite en la realidad personal de vida, que el discípulo asuma su historia junto con la realidad de los otros desde una mirada del saber discernir y hallar en ella la huella o el paso de Dios.

De manera, que este cuarto momento en la propuesta de formación desde y para el acompañamiento, permite objetivar la realidad de una Diócesis que como lo ha mostrado el primer capítulo presenta un crescendo en esta experiencia de formación. Desde el anuncio, creación de los lugares de formación, la formación en sí misma en los diversos movimientos de pastoral, la gestación de proyectos como el que se tiene actualmente el PDR/E que ha permitido caminar al lado de cada discípulo, en una Iglesia de comunión, de participación orgánica y de misión.

Sin embargo, falta articular cada día más la experiencia personal de cada uno de los discípulos que hacen camino dentro de la comunidad eclesial en el encuentro con el Señor de la vida que da sentido a todas las realidades personales y que hacen parten de una historia de vida en la que Dios escribe su historia de salvación. Por eso es importante saber discernir “el aquí y el ahora”, para hallar y conocer que la vida tiene sentido incluso en los momentos más neurálgicos de ella.

Así se debe entender que el discernimiento hace parte de la vida cristiana, y que pone en crisis la realidad personal, ya que es un saber confrontar o recontar la historia personal desde otras perspectivas, es decir, que su “cometido específico es identificar las dinámicas personales y sociales, para poder contar la historia en clave de esperanza” (Arango, 2011, p. 31).

El discernimiento está formado por cuatro elementos a saber: un sentir a través de mociones y las emociones, como eco positivo y negativo de la vida; un discernir que hace centrar a la persona, formarla y fortalecerla para salir de sí hacia otras realidades que lo confrontan y de esta manera poder posibilitar nuevas formas de realidad en clave de esperanza; un decidir que pone al discípulo en capacidad de tomar decisiones y realizar acciones a favor de los demás.

Por último, se presenta el confirmar que es el fruto de un largo proceso y experiencia creciente e intensa del encuentro personal con el Señor y la relación con los otros discípulos. Este confirmar se da en la medida en que se vive la compasión entendida como el hacerse prójimo (Cf. Arango, 2011, p. 32).

Formar en el discernimiento: Este formar, ha de llevar al discípulo de Cristo, a correr riesgos, que supone renunciaciones y exige claridad desde la experiencia del seguimiento, de una persona en concreto que es Jesús, y que de este encuentro-seguimiento permanente, la vida empieza a girar desde la

alteridad, libertad y responsabilidad hacia una opción radical existencial. Por tanto, la vida discipular en la formación continua de la mente creyente, permite dotar de los elementos necesarios para discernir los acontecimientos negativos y positivos de la realidad fundante.

En la medida en que el discípulo de Ocaña, se deje conducir y al mismo tiempo, se abra a la búsqueda constante desde el discernimiento a dar respuesta a su vocación cristiana se hace más persona. Por tanto, el discernimiento hace parte del dinamismo de la construcción de un proyecto personal de vida, que se da como oblación, como tarea y como don de vida comunitaria para caminar con los otros discípulos de la Diócesis.

El discernimiento en la vida del discípulo: Apoyado en la experiencia que presentan los textos del NT y las cartas de Pablo como referencia a la vida nueva del discípulo, se entiende que la necesidad del discernimiento desde el encuentro personal con Jesús, es fundamental, para la realización del proyecto personal de vida y así de esta manera descubrir su voluntad, en cada vida como proyecto. “Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cual es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rm. 12,2).

Ahora bien, la voluntad divina se descubre como intervención y resultado de la acción del Espíritu de Dios en la realidad de cada discípulo. Y ésta realidad fundamental se manifiesta a través de los frutos que la vida misma del cristiano, discípulo del Señor da como consecuencia del discernimiento (Barrufflo, 1979). En pocas palabras, la vida del discípulo se muestra y se trasparenta a través del discernimiento.

Luego, es “el amor la clave del discernimiento” (Castillo, 1984, p. 48), ya que esta es la fuerza emotiva que mueve el corazón del discípulo a obrar de acuerdo con el bien amado, es decir, la experiencia que ha tenido con el Señor

Jesús, le lleva a amarle en toda su persona, y a responderle con el amor con el cual se siente amado.

Pero es necesario capacitarse para saber discernir entre lo bueno, lo agradable y lo perfecto. Esto requiere tanto de la comunidad eclesial de la Diócesis de Ocaña, como del discípulo, de **formar su propia conciencia**, que se debe hacer en primer lugar, a través, del amor fraterno o amor al prójimo. En segundo lugar, se tiene en cuenta las normas y leyes, que en la sociedad actual regulan y organizan la convivencia de todas las personas. Y como tercera realidad, la última palabra la tiene el Espíritu de Dios (Cf. Castillo, 1984, p. 57).

La experiencia personal y comunitaria del discernimiento, pone a la persona en la capacidad elemental de ir a la interioridad (ser consciente) de sí mismo, que conoce, comprende, decide ante Dios y ante los valores que articulan el proyecto personal de vida. Esto lleva al discípulo a optar decididamente por Cristo, y a no dejarse amoldar por los criterios del mundo, sino que bajo la experiencia de situarse ante la opción fundamental, está capacitado para hacer el verdadero discernimiento cristiano. Por tanto, la clave del discernimiento es la renovación y la transformación personal desde la experiencia fundante de encuentro con Dios Amor, en la persona del Señor Jesús.

La experiencia en el discernimiento: En el caminar cristiano, con la ayuda de la experiencia del discernimiento se va clarificando y haciendo en la vida personal lo que comunica el Espíritu de Dios para forjar el proyecto personal a favor del crecimiento de toda la comunidad eclesial. Desde luego que la vocación del hombre, es la vocación Divina (Cf. GS. 22), y es el Espíritu que resuena en lo más profundo de la conciencia de la persona y lo va conduciendo a descubrir y poner en práctica las exigencias del amor de Dios y del prójimo.

En la experiencia de encuentro personal y de fe con el Señor de la Vida; la persona sostenida y guiada por el Espíritu de Dios, para saber discernir de

acuerdo a esa voluntad divina, comporta así mismo un estilo de vida personal que es efecto del amor que Dios le tiene, por tanto, el creyente es lo que es, no porque cumple exactamente la ley sino por la fe que se traduce en amor (Cf. Castillo, 1984, p. 88).

Esta experiencia de amor del discípulo con el Señor Jesús, es el que permite que como fruto surja el discernimiento. Ya que la relación afectiva e intensa con el Maestro, se traduce inevitablemente en conocimiento profundo y práctico. De esta manera, la persona se capacita para agradar al Señor, en lo mejor y lo más acertado en cada situación y circunstancia de la vida.

3.2.2.5 Formar en la fiesta: saber celebrar

Los discípulos de la Diócesis de Ocaña que peregrinan con el resucitado desde la claridad que produce el discernimiento cristiano, están llamados a formarse desde luego, en el ambiente festivo, es decir, en el saber celebrar. Que es un aprender a quedarse con los discípulos compañeros de camino y hermanos en una misma fe, para celebrar el gozo y la alegría de ser parte de la familia de Dios. El saber celebrar conlleva que se compartan las experiencias profundas de alegría, de luchas, de éxitos, de dolor, de angustias, de desesperanzas y esperanzas de la comunidad diocesana.

Sin olvidar, que en la Diócesis de Ocaña en la experiencia vivida a lo largo de estos años, en el ambiente celebrativo, se han tenido las celebraciones litúrgicas, las fiestas diocesanas, las fiestas parroquiales, y un sin número de celebraciones que se enmarcan en esta realidad festiva de encuentro con el resucitado que trae la alegría a los discípulos. Así mismo, se ha de entender que en esta vivencia de celebraciones, también se ha de recuperar la dimensión y el sentido festivo que cada celebración conlleva.

Por tanto, los discípulos de la Diócesis están llamados a recuperar el sentido festivo de la celebración, entendiendo que en la fiesta se celebra el cambio-trasformación. Ya que en ella se comparte como familia, un campo común de valores, sentidos, proyectos, y así se da el espacio para la convivencia, para nuevas amistades, para la esperanza y la gratuidad; en fin, es en la celebración donde se hace relectura de la praxis de la comunidad.

En medio del ambiente festivo esta la anti-fiesta, que el mundo secularizado presenta como contraste de la verdadera celebración. Es una propuesta a lo fácil, a lo transitorio, a lo que no cuenta y como mero objeto de abuso de poder por los que se adueñan de las celebraciones de la comunidad. Es una fiesta de vacío, de olvido, de afirmación de poder en el cual algunos se imponen en el escalafón sobre los otros, careciendo de esta manera, de esperanza de gratuidad, de valoración y de respeto, por la dignidad de todo ser humano.

Estas fiestas de prestigio, de condición social, de manipulación de intereses particulares dejan sin sentido a las comunidades. Y por tanto, fiestas que eran del pueblo se han instrumentalizado en las elites de poder. Fiestas en las que se adormece al pueblo, para que estos no tengan conciencia de la necesidad de asumir la historia personal de vida y de un pueblo que busca identidad y sentido de vida. De ahí la importancia de valorar a la fiesta sagrada, a la fiesta desde la fe.

Es así, que lo que se debe recuperar para vivir la fiesta, es el **Lenguaje de la fiesta**. Ya que frente a todo esto, es necesario, que el discípulo tome y haga tomar conciencia a sus hermanos en el proceso de formación desde y para el acompañamiento, del valor que tiene el formarse en la fiesta, el saber celebrar la vida, por que no es otra cosa, que la fiesta de la resurrección. De manera, que se debe recuperar en el itinerario formativo de los discípulos peregrinos de la Diócesis, el lenguaje de la fiesta, con sus gestos simbólicos, que hablan por sí solos y no necesitan explicación.

Es la importancia de lo verbal y no verbal, en las celebraciones de la comunidad, que permiten descubrir el paso del Señor Resucitado al lado de cada discípulo que vive, comparte y pertenece a una comunidad, que está impregnada con diversas culturas que expresan las realidades humanas y espirituales.

Estos gestos simbólicos que son el lenguaje de la fiesta presentan cuatro funciones:

- Asumir las experiencias más profundas de las personas y comunidades
- Hacerlas conscientes
- Expresarlas y comunicarlas
- Posibilitar la transformación y el cambio” (Arango, 2011, p. 46).

Por tanto, los gestos simbólicos dentro de cada celebración tienen su gran importancia para la formación de los discípulos. A su vez, están los rituales que hacen parte de los mismos y que permiten la apertura, la expresión, la comunicación, el sanar la vida, el proyectarla a nuevas disposiciones, por la cual surgen nuevas vivencias y emociones que enriquecen la vida de cada discípulo y de la comunidad toda.

Es una forma, también, de recuperar los testimonios de vida dentro de la fiesta, por lo que permite la apertura a la relación y a la comunicación. Lo ideal y lo propio de formar en la fiesta es envolver a todos los discípulos aunque parezcan extraños. Como frutos del saber celebrar, surgirá una comunidad que en la celebración encuentra su identidad; hay una legitimación de la praxis histórica y se re-organiza socialmente, lo cual permitirá una comunidad recreada en el amor de Dios.

3.2.2.6 Formar en la decisión: saber testimoniar

Al ser esta comunidad de discípulos en camino con Jesús, recreada por la experiencia de su amor fundante y consolidándose cada día más en su vocación

cristiana, ha de llevar a asumir la misión del saber testimoniar la vida nueva en Cristo a otros hermanos. De manera, que todo discípulo en la tarea de consolidar su vocación, se debe formar en la decisión de saber testimoniar.

El discípulo se hace testigo en el caminar con el Señor, dentro de la Diócesis para los otros, que con sus luces y sombras, con sus decepciones, desesperanzas, tristezas, dolores, agonías y luchas, caminan buscando la luz de la esperanza, de nuevas realidades. Los discípulos se hacen compañeros de camino con todas estas luchas que no son ajenas a ellos, pero que son miradas desde la otra óptica en la que se construyen nuevas propuestas de asumir y recrear la vida.

El camino de formación en la decisión, provee al discípulo de los elementos necesarios, para hacer nuevas lecturas de la realidad y mostrar nuevas posibilidades de transformación en la vida sin sentido y de frustración que acompañan vida diaria de las comunidades de Ocaña. Donde ha abundado el pecado estructural, social y personal; donde se silencian y se manipulan a los campesinos y donde los pobres cada día son más pobres, el discípulo debe hacerse compañero de camino para permitir la dinámica del acompañamiento de Jesús con los discípulos de Emaús:

- Acercarse, preguntarse, escuchar, dialogar y compartir.
- Asumir el dolor de la decepción que nos aflige.
- Compartir, dar, transmitir el fuego de la utopía que enciende el corazón y resucita la esperanza.
- Entregar la Palabra – vida, instrumento por el cual se entablan relaciones nuevas, en un mundo en donde todos y cada uno tiene un lugar y una función” (Arango, 2011, p. 50).

Es así, que los caminantes-discípulos de la Diócesis de Ocaña, en la formación permanente, comparten con todos las realidades humanas, pero

iluminados con la fe puesta en el Resucitado, a quien los poderosos no pudieron callar, ni la muerte pudo retener, porque es el viviente, el Emmanuel: “Dios con nosotros” (Mt. 1, 23). Por tal razón, se ha de vivir la experiencia de compartir el pan por el camino, seguir las huellas del divino Maestro que instruye la vida de los discípulos en la solidaridad, en la gratuidad y en la misericordia.

Caminar con los discípulos, es aprender en la escuela de Jesús el testimonio de vida, que mueve el corazón y todo el ser a involucrarse con los otros como acompañantes de un proceso, iluminados por la acción del Espíritu Santo, a buscar el mismo propósito de vida fundado en la experiencia de encuentro-seguimiento con el Resucitado. Es una propuesta dialogal y comunitaria para la formación de los discípulos que peregrinan en Ocaña, desde la experiencia de los discípulos de Emaús.

3.2.2.7 Formar en la memoria: saber sistematizar

El formarse en la decisión de saber testimoniar la vida como experiencia permanente de encuentro con el Resucitado, conduce a la toma de conciencia de su historia personal y comunitaria, en la que Dios puso su huella, camina al lado de cada uno de los discípulos y en los que hace brotar la luz de la esperanza. La vida, entonces, es mirada con los ojos de Dios, que siempre tiene un propósito para todos sus hijos, “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tm. 2, 4).

Se debe formar en la memoria a los discípulos, para que se asuma la historia personal y comunitaria, que está cargada de situaciones negativas, traumáticas, dolorosas, pero también de acontecimientos positivos. De esta manera, la historia se va haciendo consciente, lo cual permite el saber sistematizarla y lleva como consecuencia asumirla de manera clara y menos traumática, que cuando se quiere negar, llegando al vacío existencial de la misma

vida. Hay que recuperar la memoria, las raíces, los orígenes. El mundo moderno no quiere volver a la memoria sólo le interesa el hoy.

Recuperar: es un saber recuperar la memoria para hacerla consciente, dentro de la historia misma de la salvación. Los discípulos de la Diócesis de Ocaña, deben compartir la experiencia de vida de encuentro con Dios que sale al paso del camino, como con los discípulos de Emaús, para ayudarles a encontrar sentido a la historia personal y comunitaria de sus vidas.

El formar en la memoria lleva a que se exterioricen los sentimientos negativos y positivos que no permiten el desarrollo humano, espiritual, comunitario ni pastoral en la Diócesis. Porque el sufrimiento, el dolor, la oscuridad incapacita para ver y optar con radicalidad por un sentido de vida. De esta manera es tan importante este proceso de memoria, ya que se recupera la dignidad y el descubrimiento de la verdad.

De esta manera, se da un nuevo lenguaje a la historia que acompaña a cada una de las personas que forman la comunidad de la Diócesis y que caminan haciendo la experiencia de la fe. Esto permite abrir nuevos horizontes que antes eran imposibles de ver, por la ceguera que empaña en la realidad concreta de cada uno de los que forman parte de la comunidad, pero la formación en la escuela del Señor Jesús, muestra la capacidad de asumir la historia personal y comunitaria desde otra perspectiva, dignificando de esta manera la vida discipular.

Es una tarea permanente, del acompañamiento dentro de la comunidad eclesial, la de formar en la memoria al discípulo, para que a su vez este sea gestor de procesos que ayuden a sus hermanos a asumir su misión en el mundo. Y como ha dicho Aparecida “el discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña” (DA 277).

3.2.2.8 Formar en el aprender a estar: saber terminar

En este itinerario formativo de los discípulos desde y para el acompañamiento, se finaliza con el formar en el aprender a estar: saber terminar. De esta manera, el que acompaña el itinerario de formación de los discípulos dentro de la Diócesis de Ocaña, aprende a buscar claridad desde la tarea misionera de la Iglesia, que a ejemplo del Resucitado desaparece para dejar el corazón encendido en el fuego del amor de Dios que permite a los discípulos, allanar y forjar dentro de la historia de vida personal, el proyecto fundante que los mueve a la misión constante de ser luz para el mundo.

Es un aprender a estar con los discípulos en saber acompañar el proceso de formación y de descubrir en todos los acontecimientos la acción de Dios. Esto consolida, bajo la acción del Espíritu Santo, la historia personal y comunitaria, en la que el discípulo descubre su vida en el plan de la historia de la salvación, en la que Dios ha salido al encuentro del hombre frágil y pecador, para que siguiéndole se comprometa libre y responsablemente en su tarea de ser instrumento de amor para sus hermanos.

Es una forma sana de verdadero acompañamiento dentro de la comunidad eclesial llevando de esta manera, a no crear lazos de dependencia, sino a establecer relaciones igualitarias, permitiendo que el hermano crezca, surja y asuma su vida, como proyecto personal y comunitario en el que se es consciente de la formación permanente, de conocer, amar y servir al Señor.

El saber terminar denota no el abandono de la misión, sino el saber estar pero de otra manera, en la que se regulan las relaciones de acompañante-acompañado, en la que se suelta para que el otro u otros puedan caminar por sí solos. Es la experiencia del que forma, desde la vida y para la vida. Esta forma de estar, dará crecimiento a la comunidad de la Diócesis de Ocaña.

Como lo ha dicho Aparecida: “El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (Cf. Lc. 6, 40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de sus misión de hacer nuevas todas las cosas” (DA 131). En fin, cómo discípulos misioneros de Cristo ese es el estar en la Iglesia.

CONCLUSIÓN

En este capítulo se ha partido de la necesidad que tiene el discípulo del Señor Jesús, de formarse en la escuela discipular dentro de la Diócesis de Ocaña para asumir la vida como propuesta de amor de Dios en la que se construye día a día el proyecto personal y comunitario. Forjando de esta manera, un compromiso libre y responsable con la misión que el Señor le ha encomendado a la Iglesia: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes...y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt. 28, 19-20).

Como lo ha expresado Aparecida: “cada sector del pueblo de Dios pide ser acompañado y formado, de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio al que ha sido llamado” (DA 282), de esta manera, se ha puesto por escrito detenidamente como la formación discipular es una necesidad para la comunidad de la Iglesia Diocesana de Ocaña. Y por tanto, se ha hecho la propuesta de formar desde y para el acompañamiento.

De esta manera, ha de quedar bien claro lo que implica acompañar en el proceso formativo de los discípulos del Señor Jesús. Sabiendo que el que acompaña dentro de la Iglesia deber haber hecho camino de acompañamiento, poner límites en las relaciones personales que conduzca al encuentro con el Señor, además se discernen a la luz del Espíritu Santo, las intenciones, los roles y las relaciones que se dan en el acompañamiento, para que el discípulo crezca y asuma el proyecto personal de vida.

Así mismo, se han recogido los elementos pedagógicos y formativos de la experiencia de encuentro y seguimiento de los discípulos de Emaús con Jesús (Lc. 24, 13-35), elementos que son válidos y específicos para la tarea que tiene la Iglesia de acompañar los procesos formativos en la Diócesis de Ocaña. Estos elementos en la dinámica del resucitado son: el saber acercarse, escuchar, preguntar, dialogar, discernir, celebrar, testimoniar, proyectar, terminar, para invitar al testimonio de vida.

De manera que la formación de los discípulos, que peregrinan en la Diócesis de Ocaña, es una necesidad prioritaria, y por eso, debe hacerse este itinerario desde el acompañamiento, que es caminar al lado de cada discípulo, para que acontezca la experiencia fundante del encuentro con el Señor en la vida de cada uno de ellos. Y pueda descubrir de esta manera su proyecto personal de vida desde la voluntad creadora de Dios. En la que hacen parte de una historia, que se asume desde la experiencia pascual del Señor Resucitado, generando un proceso de saneamiento para dar vida en abundancia.

CONCLUSIÓN GENERAL

Al llegar al final de este trabajo de investigación, se ha podido responder a la pregunta que inicialmente había surgido para abordar el tema del proyecto personal de vida en la formación del discípulo del Señor Jesús, en la realidad de la Diócesis de Ocaña. La pregunta hecha fue la siguiente: ¿Cómo facilitar el proyecto de vida como apropiación de la experiencia fundante, Jesús, en los procesos de formación de los discípulos del Señor en la diócesis de Ocaña?

Luego de avanzar en la investigación, se llegó a las siguientes conclusiones, que responden de una manera pedagógica a los retos que actualmente la comunidad eclesial de la diócesis de Ocaña presenta en el camino de formación para los discípulos de hoy. Esto se ha logrado, desde la reconstrucción histórica de la experiencia de encuentro-seguimiento que han tenido los discípulos de la Diócesis de Ocaña con Jesús, y así mismo, se ha fundamentado desde la experiencia fundante, el proyecto personal de vida con sus elementos articuladores que ayudan a asumir la vida en un itinerario permanente de formación.

De esta manera, se encuentra desarrollado en el primer capítulo, la reconstrucción del caminar de los discípulos a nivel de formación y que permite, esbozar las bases del itinerario formativo discipular de lo que ha sido este caminar en la Diócesis de Ocaña. Por tanto, el análisis descriptivo del trabajo de formación de los discípulos dentro de la Diócesis, ha arrojado como fruto en primer lugar, el tener un acercamiento del proceso de formación que ha comenzado la obra evangelizadora por parte de los discípulos en cada una de las comunidades a las que se les ha enviado, permitiendo el encuentro con Jesucristo, del cual brota el discipulado.

Al igual que se anuncia el evangelio produciendo el encuentro-seguimiento del Señor Jesús por parte de los discípulos, se crearon a la vez los lugares de

encuentro para la formación discipular, permitiendo una mejor adecuación para vivir la llamada de estar con Jesús, y salir a comunicarlo.

Es así como este camino formativo dentro de la historia de la diócesis, permitió también ver los proyectos de pastoral que fueron acogidos por los discípulos, en los que se ha ido dinamizando la formación discipular, entre estos proyectos se encuentra el Proyecto Diocesano de Renovación y Evangelización (PDR/E), en los que se desarrollan con mayor claridad los niveles de pastoral, como son: la pastoral comunitaria, pastoral sectorial, servicios pastorales generales, pastoral ministerial y las estructuras pastorales. Dentro de cada uno de estos se desarrolla, un campo específico de acción permanente de evangelización.

Habiendo conocido estos elementos que ha presentado la Diócesis de Ocaña, en el campo de la formación, se nos permitió a su vez, conocer de cerca los logros, las oportunidades y los retos de la acción formativa de la Iglesia diocesana. De esta manera, se ha puesto, en un segundo capítulo la comprensión de la experiencia fundante y los elementos que estructuran el proyecto personal de vida, esto hace que el discípulo se adueñe de su propio proyecto personal de vida, en la que se da respuesta a la voluntad creadora que lo llama para que se sitúe en el aquí y en el ahora, como gestor de una comunidad discipular. Por tanto, la experiencia fundante nace del encuentro personal y comunitario, que tienen los discípulos con el Maestro, el Señor Jesús, permitiendo en ellos, el proceso de conversión y de transformación por la gracia en la fe que reciben de la acción de Dios en sus vidas. Es un nuevo nacimiento en la gracia del amor personal de Dios que sale al encuentro de todo hombre para que este experimente la alegría de haber sido alcanzado por el evangelio y reconociéndole a él, le siga en un proceso continuo de transformación personal y comunitario.

Este proceso aporta a la vida de todo hombre un sentido por el cual teniendo la capacidad de responder en la libertad y responsabilidad a la vocación desde la fe, fragua el proyecto personal de vida, en el que se compromete en el

crecimiento desde la formación en la vida discipular. El proyecto personal de vida es la vida misma con sentido, en la que actúan como parte integrante los valores que construyen la realidad personal. También comprende, una praxis, desde la realidad presente, la esperanza, donde se visualiza el punto de llegada y la memoria, el reconciliarse con su historia y ver en ella la mano de Dios.

Desde esta experiencia de descubrir la vida como proyecto en la voluntad de Dios, se da la opción fundamental del seguimiento del Señor, en la comunidad eclesial, formada desde el ambiente discipular de encuentro-seguimiento. El discípulo estará en la capacidad de asumir la acción fundamental de hacer visible la experiencia cristiana, del amor de Dios, en el mundo de hoy.

Esta experiencia del discipulado ha tenido como iluminación bíblica el texto de San Juan 1, 35-52, que muestra cómo el discípulo siendo alcanzado por el evangelio, se prepara para responder a la vocación específica. Al igual se ha podido observar la estructura del discipulado que el NT presenta a través de la llamada, el seguimiento y la misión. Y desde esta experiencia, brota y se desarrolla la fe, como adhesión personal del hombre a Dios. De esta manera, se da la experiencia fundante del discipulado como camino y proyecto de vida, en el que se funde la configuración con el divino maestro.

Así mismo, en el caminar de los discípulos hacia la configuración con el Señor, el discípulo opta por la experiencia de seguirlo a él y aprender a comprender la vocación y misión a la que ha sido llamado. Por esta razón el tercer capítulo responde desde la vida misma del discípulo a la necesidad de formarse desde y para el acompañamiento. Lo cual implica que la Diócesis de Ocaña, en esta tarea de formar a los discípulos tiene como lo ha dicho Aparecida, que mirar a “Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos”, ya que él da el método, para la formación, y “con él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros” (DA 276).

Es así que la Iglesia diocesana formando desde y para el acompañamiento, responde a la misión de acompañar a los discípulos teniendo a la mano los elementos claves del mismo como son: claridad de lo que es acompañamiento, que es ponerse al lado del hermano para que juntos puedan descubrir el paso de Dios por la vida de los demás. Segundo, el que acompaña debe a su vez estar haciendo camino y proceso de acompañamiento. Tercero, en toda relación se deben poner límites. Y finalmente, a la luz de la oración y del discernimiento se deben analizar las intenciones, los roles y las relaciones, bajo la luz del Espíritu Santo.

Ahora bien, esta propuesta se realizó bajo la iluminación del texto de los caminantes de Emaús (Lc 24, 13-35). Donde se muestra el itinerario hecho por dos discípulos que se encuentran con Jesús y aprenden de él a ver la vida desde otra manera, recuperando por ello la capacidad de sentido que habían perdido, por la muerte del Mesías. Esto muestra el acompañamiento del Resucitado, en el que se da un proceso en el cual el acompañante y el acompañado entran en una dinámica de aprendizaje.

La Diócesis de Ocaña debe recuperar los elementos que hacen parte de este proceso formativo de acompañamiento del Resucitado con los discípulos de Emaús. Y estos elementos son: el formar en el escuchar: saber preparar, el formar en el preguntar: saber iniciar, formar en el dialogo: saber dialogar, formar en el confrontar: saber discernir, formar en la fiesta: saber celebrar, formar en la decisión: saber testimoniar, formar en la memoria: saber sistematizar, formar en el aprender a estar: saber terminar.

Por último, la formación permite que el discípulo de la Diócesis de Ocaña vea la vida desde la experiencia de encuentro-seguimiento con el Señor Jesús, de otra manera, en la que se asume el proyecto personal y comunitario de ser testigos de la resurrección, como crecimiento personal y comunitario de vida plena

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcos, F. (2009). *10 Palabras clave en la Construcción Personal*. Estella: Verbo Divino.
- Álvarez, R. (1972). *Proyecto de vida. Orientación vocacional de los jóvenes*. Madrid: Perpetuo Socorro.
- Arango, A. O. (2011). *En el camino de Emaús: El acompañamiento a personas, familias y comunidades afectadas por la violencia*. Bogotá: Javeriana.
- Atehortua, E. (1987). *Reseña Histórica de la Diócesis de Ocaña. Bodas de plata 1962-1987*. Ocaña: Diócesis.
- Biblia de Jerusalén. (2009). Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Blank., J. (1984). *El Nuevo Testamento y su mensaje. El evangelio de San Juan*. Barcelona: Herder.
- Barrufflo, A. (1979). *Discernimento*. En Fiores, S & Goffi, T. *Nuovo Dizionario di Spiritualità*. Roma: Pauline.
- Brown, R. (1999). *El Evangelio según Juan I-XII*. Madrid: Cristiandad.
- _____. (2002). *Introducción al Nuevo Testamento*. Madrid: Trota.
- Bustos, M. (2009). *La paradoja posmoderna. Génesis y características de la cultura actual*. Madrid: Encuentro.
- Capellaro J. (1999). *Edificándonos como pueblo de Dios. Proyecto Diocesano de Renovación y Evangelización (PDR/E)*. Cuaderno 5. Bogotá: CELAM.
- Carrillo, F. (2008). *Elementos Antropológicos y psico-pedagógicos para la formación inicial del Presbítero de hoy*. Trabajo de grado para optar el título de Licenciatura Canónica en Teología con énfasis en Formación Sacerdotal. Universidad Pontificia Bolivariana, UPB, Bogotá Colombia.
- Castillo, J. M. (1984). *El Discernimiento Cristiano: por una conciencia crítica*. Salamanca: Sígueme.
- Cencini, A. (2007). *El árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente*. Bogotá: San Pablo.
- Compagnoni, F., Piana, G., Privitera, S., (1990) *Nuevo Diccionario de Teología Moral*. Madrid: Paulinas.

- Concilio Ecuménico Vaticano II. (2006). Bogotá: San Pablo (9ª ed).
- Congregación para el Clero. (1997). *Directorio General para la Catequesis*. Bogotá: Paulinas.
- Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (2007). *Documento Conclusivo de Aparecida*. Bogotá: CELAM.
- Diócesis de Ocaña. (2001). *Plan de Pastoral Tercera fase – Primera Etapa 2001 – 2004*. Ocaña: Diócesis.
- _____. (2010). *Plan Diocesano de Renovación y Evangelización*. Ocaña: Diócesis.
- Farmer, W. (1999). *Comentario Bíblico Internacional*. Estella: Verbo Divino.
- Fernandez, F. (2001). *Diccionario de Jesús de Nazaret*. Burgos: Monte Carmelo.
- Frankl, V. (1994). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- _____. (2003). *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la Psicoterapia*. Barcelona: Herder.
- _____. (2005) *Fundamentos y aplicaciones de la logoterapia*. Bogotá: San Pablo.
- Garrido, J. (1996). *Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*. Santander: Sal Terrae.
- Guijarro S. & Salvador M. (1995). *Comentario al Nuevo Testamento*. La Casa de la Biblia. Estella: Salamanca.
- Guijarro, S. (2006). El discipulado en los Evangelios: Escucha de la Palabra y testimonio. *La Palabra Hoy*. 31 (121), 37-58.
- Jiménez, A. (2001) La experiencia fundante de la fe como tarea prioritaria de la formación. *Proyección*. 48 (201), 103-120.
- Juan Pablo II, (1988). *Christifideles Laici*. Bogotá: San Pablo.
- Levoratti, A. (2003) *Comentario Bíblico Latinoamericano, Nuevo Testamento*. Estella: Verbo Divino.
- López, E. (2006). *El nuevo rostro de la Moral*. Buenos Aires: San Benito.

- López, V. (2011). *La iglesia - misterio de comunión: El proyecto salvífico de Jesús. Pensando con la iglesia en la renovación conciliar. Proyecto diocesano de renovación y evangelización PDR/E*. Bogotá: s.e.
- Lugo, H. (2006). Seguir a Jesús en nuestra condición de discípulos y misioneros. *Vínculum*. (224), 16-26.
- Meza, J. & Arango, O. (2008). *El discernimiento y el proyecto de vida. Dinamismos para la construcción de sentido*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- PASCUAL, F. (2002). Viktor Frankl y la voluntad de sentido en Ecclesia. *Revista de Cultura Católica*. 16 (3), 341-346.
- Pedrosa, V. Sastre, J. Berzosa, R. (2001) *Diccionario de Pastoral y Evangelización*. Burgos: Monte Carmelo.
- Pineda, L. (2002). *Diócesis de Ocaña 40 años*. Ocaña: Diócesis
- Prada, J. (2007). *Psicología & formación. Principios psicológicos utilizados en la formación para el sacerdocio y la vida consagrada*. Bogotá: San Pablo.
- Rodríguez, O. (2008). Discipulado: comunidad discipular de Jesús. *Misiones Extranjeras*. (227), 703-717.
- Rubio, L. (2005). *Diccionario De Pastoral Vocacional*. Salamanca: Sígueme.
- Sanabria, J. (1994). Ética y Filosofía primera en E. Lévinas. *Revista de Filosofía*. 27 (81), 469-507.
- Uriarte, J. (1999). Refundar la Vida Religiosa. *Diakonia*. 23 (90), 56-68.
- Uriarte, J. M. Cordovilla, Á. Fernández J. M. (2010) *Ser sacerdote en la cultura actual*. Santander: Sal Terrae.